

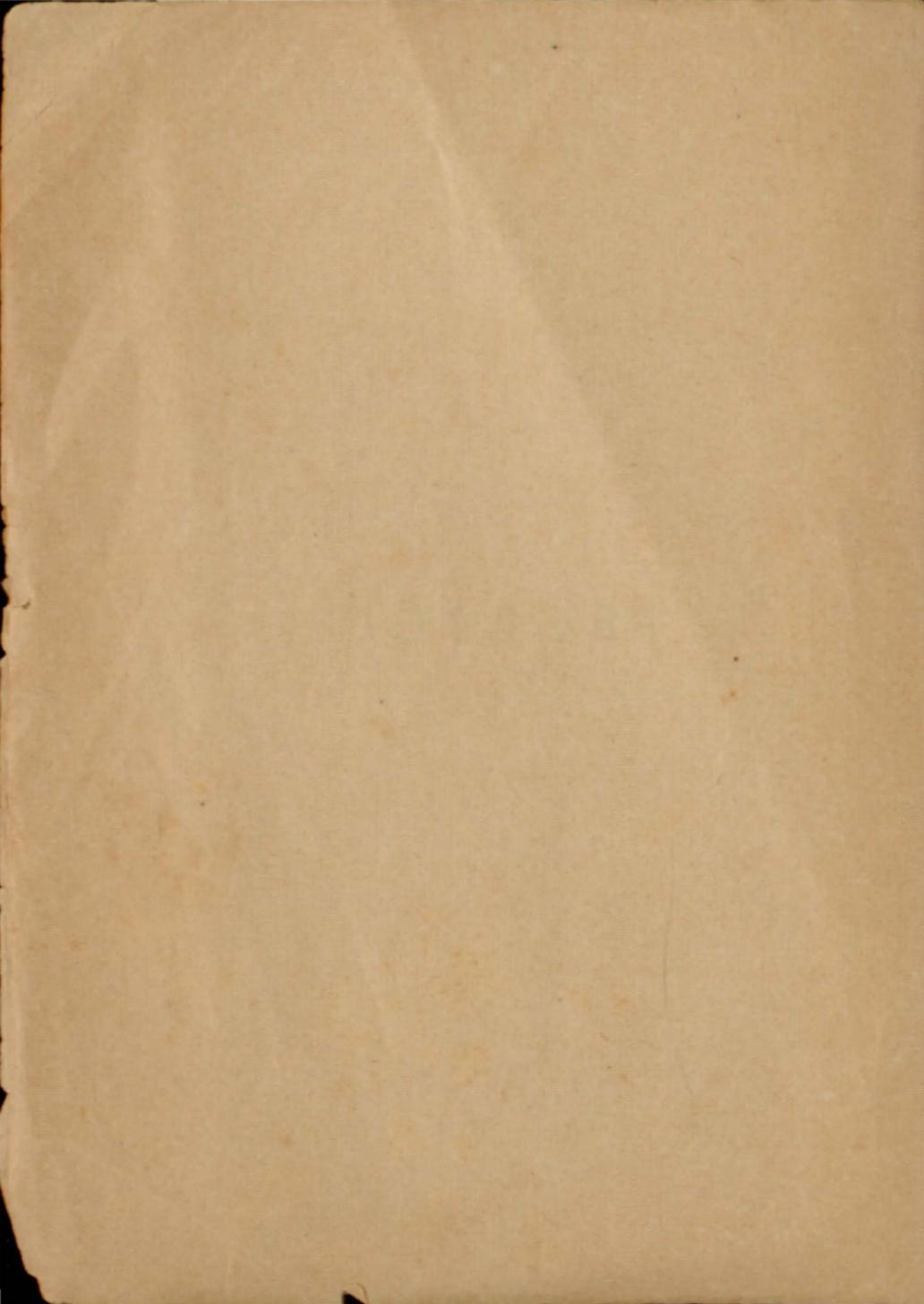
Para familie Camp
caritativamente. -

Los Autores

Dedicatoria:

A HUELVA

PROLOGO



ES para mí una gran alegría prologar, por segunda vez, un libro de Francisco Montero Escalera. En su bondad, y por su cariño hacia mi persona, cree que mi pobre nombre aumentará en algo el valor, de por sí superior a mis merecimientos, de su libro sobre Huelva. Un libro al que he visto nacer, del que he seguido la gestación paso a paso y día por día, y del que me he enamorado hasta el punto de compartir con el autor los afanes

y los trabajos que trae consigo el dar a la luz pública una obra de esta clase.

Tal vez los lectores esperen que mi prólogo sea un panegirico del autor, hecho sobre una intencionada interpretación de mi amistad con él; quizás crean que los elogios, o las censuras, que de la obra encuentren en estas líneas preliminares sea, un cartel de propaganda del libro y del escritor. Por esta razón mi labor resulta difícil, porque ¿como decir que el libro es un acierto sin que los suspicaces crean que halago al amigo?; y por otra parte, ¿como no señalar los defectos, suponiendo con error que la amistad está por encima y delante de la razón?.

Conocí a Francisco Montero hace unos años. Comprendí, en las primicias de nuestra amistad, que me encontraba ante un hombre que solo vivía para la Literatura y el Periodismo. Con la emoción de un poeta que recita sus primeros versos, me fué leyendo en el transcurso del tiempo sus trabajos literarios, que para mi resultaban superiores al nombre y a la fama de que gozaba el autor; lei "SERRANA", y encontré en sus páginas una fuente de poesía que fluía sencilla y cándidamente del corazón ingénuo de un enamorado de la campiña y de la sierra; estudié con cariño su producción periodística y encontré en Francisco Montero cualidades especiales de reportero, que era capaz

de descubrir en las cosas más inocentes un motivo elegante, un dato de interés, un motivo de amenidad para sus reportajes; cuando dió a la imprenta su *BREVIARIO DE UNAS VACACIONES*, ya estaba yo convencido de que este escritor era capaz de mayores empresas y su modestia, lo mantenía, por su voluntad, en un plano de segunda fila en el campo literario de Huelva. Y entonces me comunicó su idea y sus proyectos para este libro que ahora se publica con un prólogo mío.

Esta obra hacia falta en la bibliografía de nuestra ciudad. No es una historia de Huelva; ni siquiera es un estudio, o ensayo como se dice ahora, sobre los onubenses. Es sencilla y llanamente, un relato pintoresco de la calle vieja, de la plazuela olvidada, del suceso interesante, del tipo popular, de los oficios artesanos de nuestra tierra, de los artistas, de los escritores, de los fastos más importantes de la Ciudad. En este libro encontrarán los viejos, capítulos en los que fueron actores y ya estaban olvidados hasta de ellos mismos; los jóvenes, noticias interesantes sobre la calle donde nacieron, el abuelo que luce sus barbas en el viejo retrato al óleo del comedor, la esquina solo recordada en la lejanía de la memoria infatigable; alguna dama, que ya es abuela, leerá con simpatía la reseña de un acto en el que ella era joven, bella y solicitada; el que trabajó, luchó, y se sacrificó por Huelva,

o contribuyó a su mayor gloria con el brillo de su arte o el reconocimiento de un nombre y un prestigio, se verá recordado en este libro para que su labor no se pierda en el olvido de las futuras generaciones.

La mayor parte de los capítulos de esta obra, aparecieron firmados por su autor en la Prensa diaria; pero aquellos reportajes y aquellos artículos se hicieron al correr de la pluma sobre una mesa de redacción, por que estaban destinados a nacer y morir en el mismo día. La labor del periodista tiene esta fasceta que la distingue de la del escritor que trabaja en sus obras y sabe que quedarán para la posteridad. El éxito de los reportajes de Francisco Montero ha sido siempre popular; hoy aquellos trabajos salen a la luz pública convertidos en capítulos de este libro, pulidos, perfilados, dispuestos para servir en el futuro de fuente de información a los amantes de nuestra tierra que busquen un libro que les proporcione datos sobre la vida de Huelva en el último siglo, estudiada desde un ángulo pintoresco, para apreciar cuanto ha adelantado, cuanto ha cambiado, y cuanto se ha vestido a la última moda.

Francisco Montero es un enamorado del Barrio de San Sebastián, porque en él trascurrió su niñez.

En este libro dedica varios capítulos a su barrio, y los detalles pintorescos de sus recuerdos nos dan a conocer tipos, personajes, y anécdotas de aquellos que alcanzaron la popularidad de sus dichos y sus hazañas las lleva el vulgo de boca en boca. Entre ello y como no podía por menos que suceder, es personaje principal de la anécdota, y del recuerdo sentimental, el gran torero Manuel Baez "Litri." Yo he vivido, al leer las cuartillas originales del libro, la emoción de recordar momentos de mi niñez, cuando aún asistía a las procesiones de la Semana Santa de la mano de mi madre y pasaba las veladas escuchando embobado los relatos inocentes con que me entretenía mi pobre padre (q. e. p. d.). Y uno de los recuerdos que más me han emocionado ha sido la referencia al entierro del "Litri."

Hace veinte años yo era casi un niño. Me acuerdo de la "Tertulia Litri," a la que acudíamos los estudiantes. con Huelva entera, a conocer, en días de corrida, los telegramas que daban cuenta de los éxitos del matador. Los tertulianos anunciaban a la ciudad los triunfos del ídolo, con fuegos de artificio: un cohete, una oreja; dos cohetes, dos orejas; una traca de cien cohetes... orejas, rabos y apoteosis. Un día, 11 de febrero 1926, los cohetes no sonaron. Un toro había herido de muerte a Manuel Baez "Litri." Huelva se vistió de luto cuando, una

semana después, el torero dejó de existir. En el "Círculo Comercial", el cadáver embalsamado fué expuesto al público; día y noche la gente pasaba junto al féretro, depositando flores y musitando oraciones. Era la fieta de Carnaval y el pueblo renunció a ello por su voluntad; las caretas y los disfraces volvieron al fondo de las arcas y fueron sustituidos por los mantones negros y los lazos de luto. El día del entierro, los obreros no acudieron al trabajo y el comercio cerró sus puertas.

En el cortejo fúnebre iba Huelva entera; Valencia, Sevilla, Cadiz, Jerez... enviaron sus representaciones, los toreros de España también estaban presentes. Cuando el ataúd, a hombros de sus amigos íntimos, llegó a la puerta de la "Tertulia Litri," se abrieron los balcones y muchachas enlutadas arrojaron flores. Al llanto se unió, con este acto piadoso, el escalofrío de lo trágico y de lo irremediable. La calle San Sebastián, que le llamaba con orgullo y razón "su torero," estaba enlutada hasta en sus puertas y balcones; la casa del ídolo se hizo llanto y gritos, cuando se inició el responso frente a ella. El pueblo entero lloraba y rezaba.

Francisco Montero, soñando con este libro que ahora es realidad, me ha llevado a su barrio para explicarme sus historias; con él he visitado la "Tertulia Litri" que, después de veinte años, mantiene como el primer día su devoción por el torero

amigo, bueno, generoso y caballero. Cada año el mausoleo que ella dedicó a Manolito, por suscripción entre sus admiradores de Valencia, Sevilla y Huelva, se llena de flores; cada año el día de San Sebastián, la Tertulia recibe la visita de las Autoridades y por unas horas revive el torero entre sus amigos, por obra y gracia del cariño permanente de los viejos tertulianos. Como reliquias inapreciables, Pepe Martín conserva las zapatillas de la tarde trágica, un trozo de chaquetilla, un capote...

En la tertulia escuchamos una anécdota del torero. Una tarde Manolo, que era casi un niño, toreaba un becerro en la Plaza de Toros de Huelva; era la primera vez que se vestía de traje corto y la lidia se celebraba a puerta cerrada. El que había de ser figura relevante en la tauromaquia de su tiempo, estuvo aquella tarde valiente como nunca. El becerro, al voltearlo, le arrancó un botón de la chaquetilla. "El Litri" a dos pasos de los pitones, dobló el capotillo, se lo puso al brazo, y buscó en la arena el botoncillo perdido. La Tertulia conserva una fotografía de aquella tarde, y en ella se ve a simple vista el ojal huérfano. El valor, que había de ser su nota característica, quedó patente aquella tarde, sin público, sin alardes, sencillo...

El torero anda en coplas y en romances. Sus amigos mantienen el recuerdo. No falta quien lo ha olvidado y ha empeñado sus reliquias. Son los

que acudieron a la Tertulia, buscando la vanidad de un saludo o la posibilidad de un favor. Veinte años es casi media vida de un hombre y un torero muerto no puede proporcionar más que penas, y sus recuerdos molestias. Pero la pena de los que permanecen fieles no es solo por el artista, por el hombre, por el amigo... es también por los que olvidaron con facilidad al que en las tardes de gloria y de triunfos agasajaban y prometían amistad y devoción para toda la vida.

Tal vez porque Francisco Montero no sea aficionado al deporte, se ha recogido en su libro una anécdota muy interesante. Yo metiéndome en "camisa de once varas," voy a recordarla para que quede en el libro y no se pierda en los, demasiados atestados, recovecos de mi memoria. No se donde la escuché, ni recuerdo quién me lo contó, pero no hay dudas sobre su autenticidad porque yo la he comprobado después.

Hace mas de setenta años, en Huelva no había campo de futbol; no podia haberlo porque nadie sabía en España que cosa era futbol. Unos mocetones rubios, empleados y técnicos de la "Compañía de Rio-Tinto," pasaron un día por la Vega Larga con un balón debajo del brazo. Llegaron a lo que hoy es el Barrio de las Colonias, y sobre la

marisma, salistrosa y endurecida, marcaron con piedras el primer campo de deportes de España. Los campesinos de los huertos cercanos y los obreros de los hornos de ladrillos, se asombraron al ver como aquellos ingleses, en ropas menores, corrían como desesperados detrás de una pelota de cuero. Era el primer partido de futbol que se jugaba en España.

Aún no había equipos propiamente dichos. En los primeros encuentros, entre ingleses avecindados en Huelva y personal de la marina mercante que arribaba a nuestro Puerto, los equipos tenían seis, siete u ocho jugadores; aún no había en la capital número suficiente de aficionados. Pero Huelva, que era la predestinada para dar vida auge, calor, patria y gloria al futbol español, tuvo pronto jugadores nativos que compitieran, sin desmerecer en nada, con los jugadores de la Rubia Albión. Pronto los partidos en la marisma de Las Colonias tuvieron su público, sus hinchas, sus bróncas y sus porterías de palos; el campo fué delimitado por una raya de cal y unas banderitas triangulares en las esquinas. Ya había en España campo, afición, equipos y entendidos de futbol. Y todavía no sabían en el resto de España que existiese este deporte.

En 1891 el futbol toma caracteres de cosa efectiva y real con la fundación en Huelva del "Re-

creation Club". Alma de esta institución deportiva fué el joven doctor y cirujano eminente don Alejandro Makay, primer árbitro que dirigió un partido serio en España. Cuentan los viejos aficionados que el señor Makay no sabía el reglamento de futbol, al menos lo necesario para arbitrar, y se resistió a aceptar el encargo; pero como sus paisanos le tenían por una autoridad en el juego del "rugby", le instaron tanto que, por aquello de la afinidad, aceptó y recurrió al reglamento de este deporte para cumplir su delicada misión, supliendo las dificultades que encontrara con su voluntad y su concepto claro y profundo de los deportes.

Es curiosa la anécdota y merece la pena de figurar en este libro, aunque sea colándose en el prólogo un poco de matute.

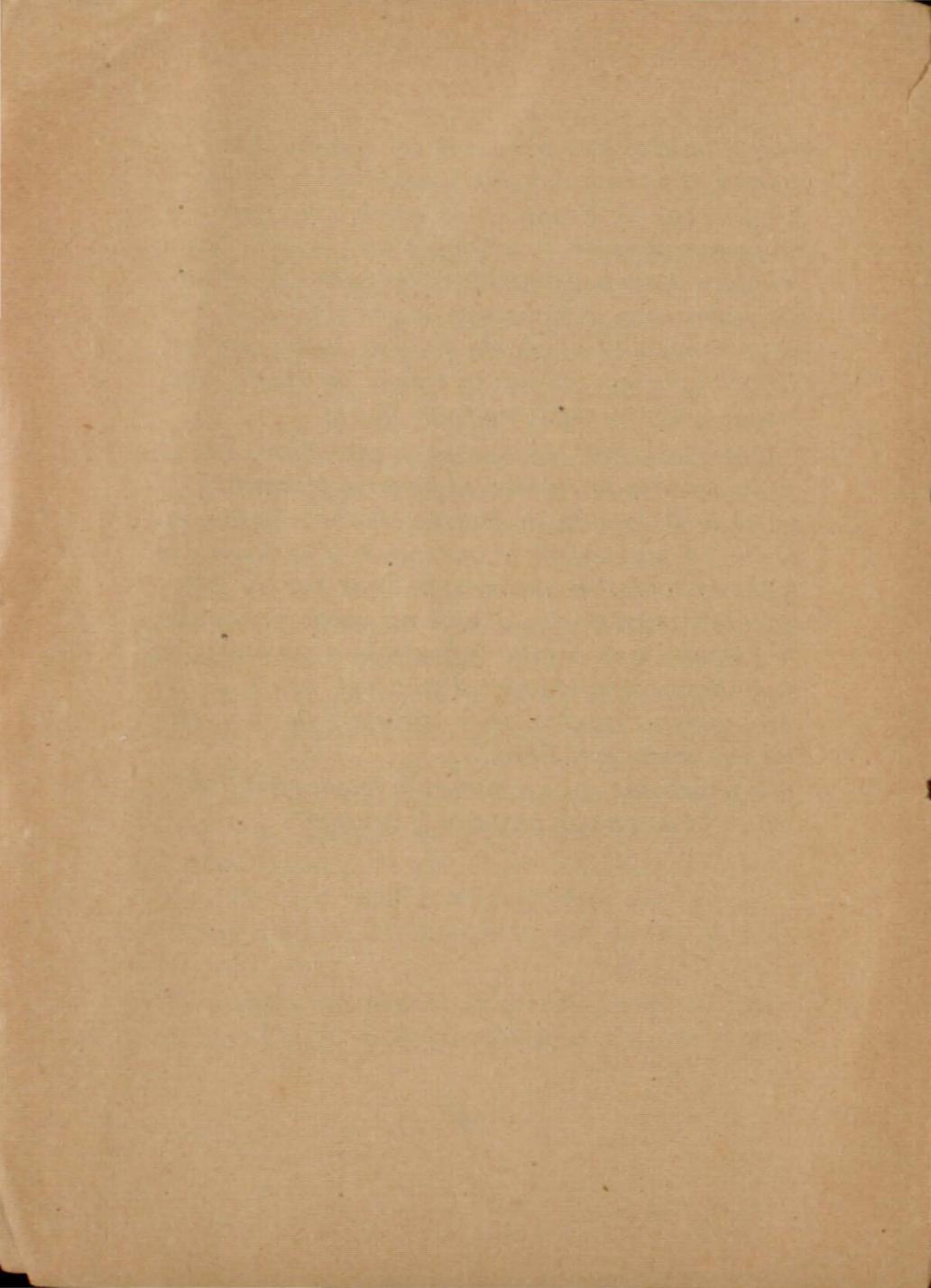
Me he olvidado de que el libro está hecho y yo solo debo ponerle el prólogo. Sin querer me vienen a la memoria anécdotas y personajes; pero para que Francisco Montero me perdone la modestia de mi prólogo, pienso recogerlas todas en unas cuartillas, para que él las amplíe y las lleve a ese otro libro, continuación de este, que ya tiene en la imaginación y para el que busca materiales inéditos.

Yo hubiese querido hacer en estas páginas una presentación del autor que sirviese a los lectores

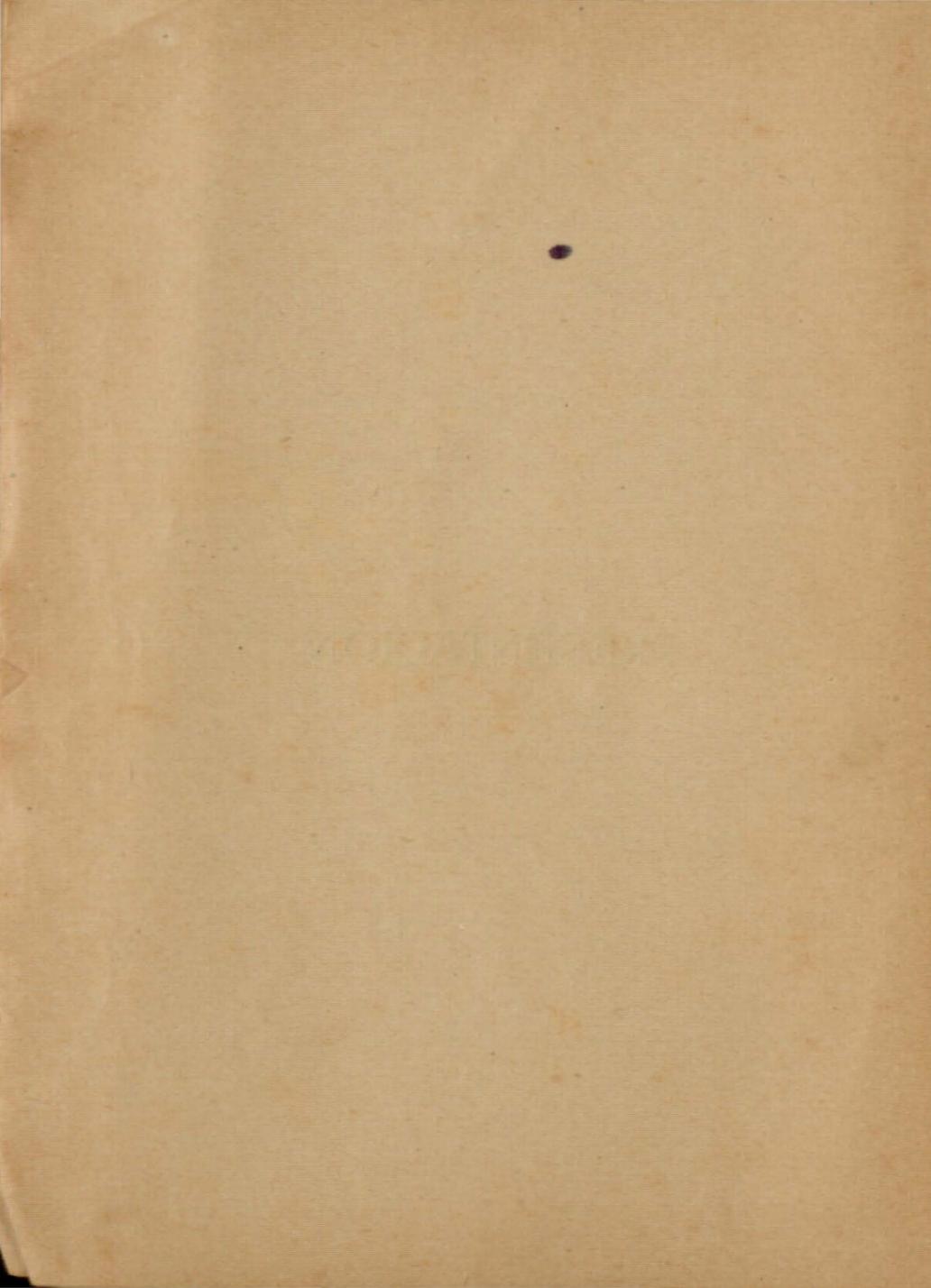
de los futuros años para conocer, aunque fuese en silueta, la personalidad del periodista y del escritor que hay en Francisco Montero. Mi deseo no ha podido hacerse realidad porque, cuando tenía reunidos datos y asimilado ideas para ello, el propio interesado se ha opuesto a que el prólogo fuese dedicado a él, alegando que eso podía parecer, firmado por mí que soy su amigo, un elogio interesado y por lo tanto sin valor moral.

Querido lector, lee y propaga este libro. En él va en toña su integridad la historia pintoresca de un siglo de la vida de Huelva, vista y vivida, en parte, por un periodista que quiere a su tierra con todas las veras de su corazón. Si al leer el libro, encuentras en él algo que de un modo particular te halague, o te resulte agradable o interesante, se habrán cumplido los deseos del autor y del prologuista. Huelva se lo merece todo y a ella va ofrendado este libro.

Y ahora que vas a empezar la lectura del libro...
"Que Dios sea con nosotros y contigo"



PRESENTACION



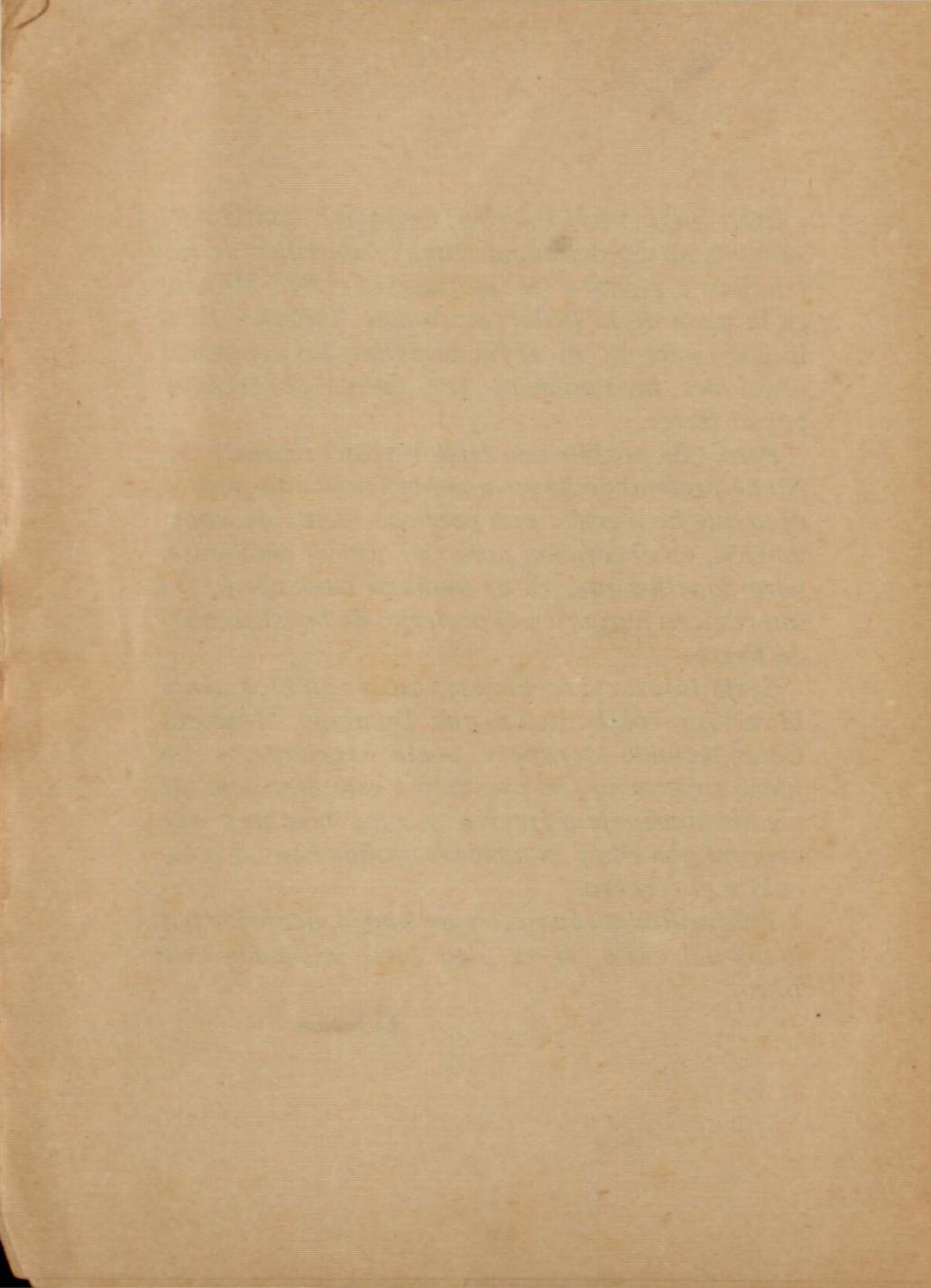
"UN SIGLO EN LA HISTORIA DE HUELVA"
se forjó, al son del monorrítmico martilleo de los teletipos y atento a las palpitaciones del Mundo, en la mesa de la Redacción donde trabajo. Esto lo hago patente con el fin de paliar los errores u omisiones involuntarios que fueren observados por el lector.

Pero: ¿Es posible una Historia sin errores? No he pretendido hacer una obra acabada, pero si creo que he logrado una preciosa fuente de información, en el corazón puro del acervo onubense, para aquellos que, en un mañana cualquiera, les interesasen hurgar en el pretérito de nuestra amada tierra.

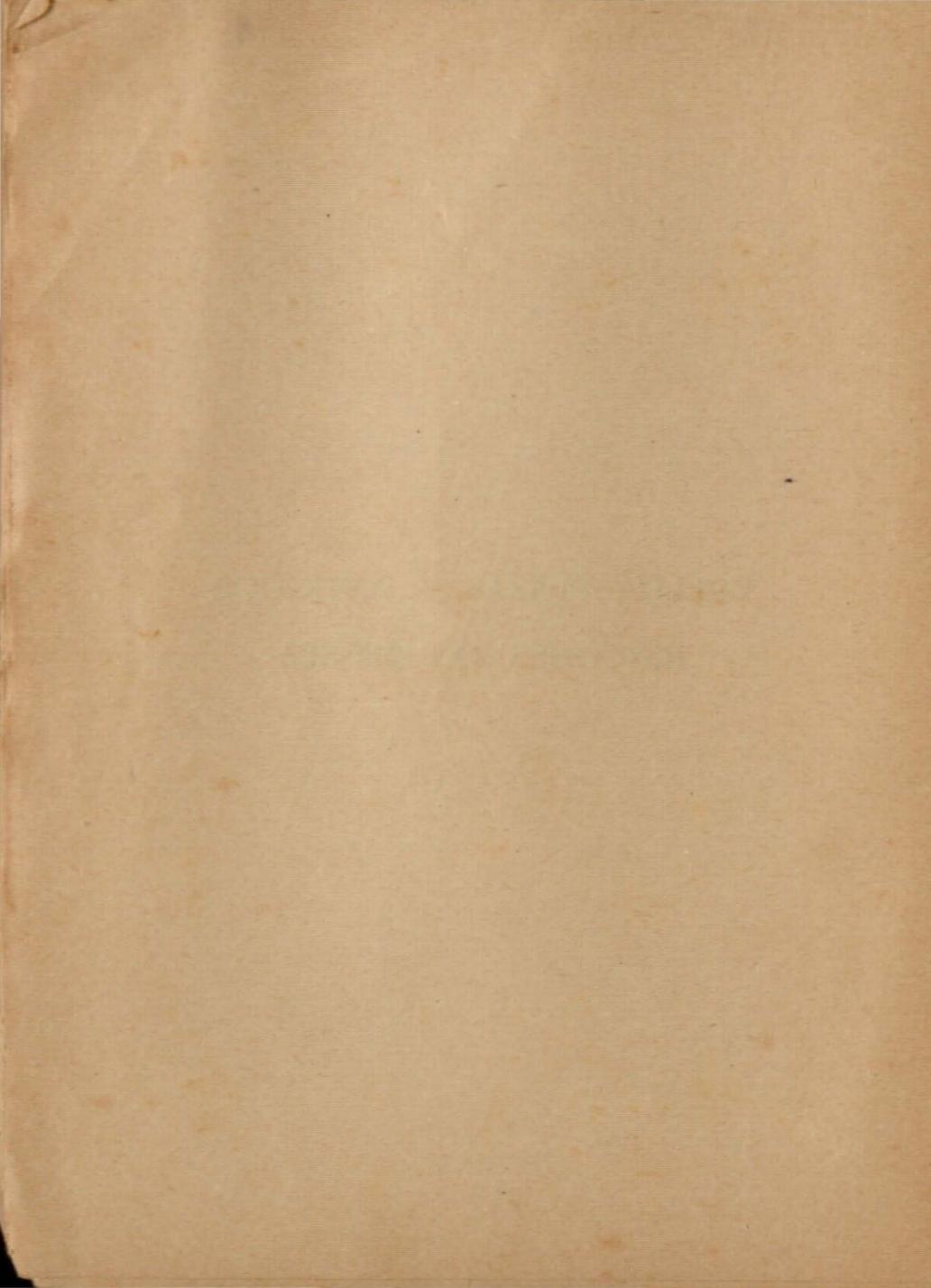
Sería injusto si no hiciese constar públicamente la valiosa colaboración que Domingo Manfredi Cano, tecundo escritor y poeta excelente, y en plena superación, ha prestado a este afán mio de rendir homenaje a Huelva y a los hombres que velaron por ella y la hicieron grande con el músculo y el cerebro.

Mi gratitud a tan excelente amigo, acreedor por igual del éxito, si en algo fuese estimado este libro.

El Autor

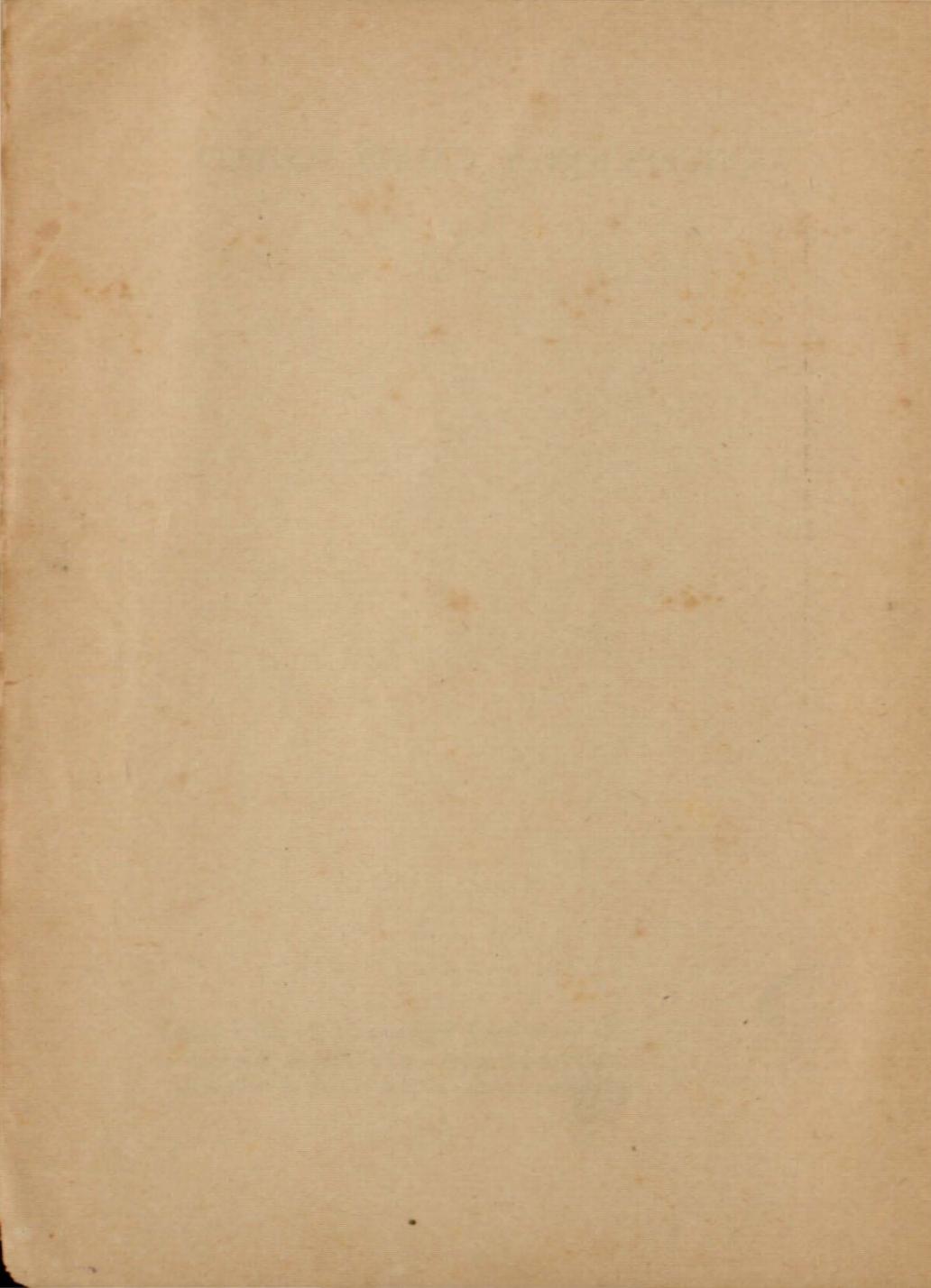


CALLES, PLAZAS Y ANTIGUOS
RINCONES ONUBENSES



CONCEPCION Y CALVO SOTELO

En lo que hoy es Gobierno Civil, nació la Reina
de Portugal doña Luisa Francisca de Braganza.-
Subastas de flores en el novenario de la Purísima



ES posible que algún lector, recuerde aún al célebre Andrés, blanco de las travesuras de los chiquillos, con su puesto de zarzaparrilla, ponche y periódicos, adosado a la pared de la Iglesia. Quizás recuerden el suelo de ambas calles con losas de Tarifa y el primitivo alumbrado de petróleo.

Cuando se hizo la instalación del gas en la ciudad, el Ayuntamiento colocó un hermoso candelabro de hierro fundido frente al "Bazar Mascarós."

En esta farola, que más tarde se trasladó a la Plaza de San Pedro y después a las puertas del Cementerio Viejo en el Barrio de San Sebastián, se disolvían los Serenos que en formación militar desfilaron desde el Ayuntamiento para tomar su servicio; este espectáculo era tan curioso y tan interesante, que tenía su público como la más bizarra parada de alabarderos.

En el edificio que ocupa el Banco Hispano Americano, existía la lechería de la Santísima Trinidad, con aposentamiento de vacas. En su fachada había un bajorelieve, obra de Zalcillo, en barro cocido representando el sagrado Misterio; esta obra, como la Cruz de hierro forjado que saludaba a los viajeros en la Placeta, fué trasladada a la Ermita de la Virgen de la Cinta. La escalera de la Iglesia era de ladrillos y todas las casas de la calle Concepción eran bajas; existía la librería escolar de Márquez y la casa de Señor Paco el Sacristán, quien todos los días del novenario de la Purísima Concepción, subastaba flores y tortas en beneficio de la Hermandad. Existían también la tienda de tejidos de Pérez Hermanos, la de Sousa y la de los Serranos; una cervecería llamada "La Ceba", instalada frente a la Farmacia de Pérez Machado, padre de Pérez Sevillanos; la librería de Boza; la tienda de ultramarinos de Ciordia; y, en la esquina de la calle Alonso Mora, donde una casa en cons-

trucción se desplomó hace unos treinta años, la taberna de Riancho.

Luego fué aristocratizándose la calle. El suelo de losa fué sustituido por otro de cemento y este por el actual. La tienda de Sousa, llamada "Las Columnas", fué trasladada a un nuevo edificio, desapareciendo la de los Serranos que ocupaba el lugar donde se halla instalado el "Bar América".

A la calle Concepción, y formando con ella una sola arteria urbana, sigue la calle Calvo Sotelo, llamada antiguamente Palacio; este nombre lo tomó del Palacio de los Duques de Medina Sidonia, ocupado en la actualidad, totalmente reformado, por el Cobierno Civil en la parte alta y por la "Cervecería Viena" en los bajos. En esta mansión nació la primera Reina de Portugal, después de la independencia, casada con don Juan I de Braganza. La partida de bautismo de esta reina, hija de Huelva, se conservaba en la Parroquia Mayor de San Pedro. Fué bautizada en octubre de 1613, por el Licenciado Diego M. de León, visitador general del Arzobispado, imponiéndosele los nombres de Luisa Francisca. Era hija de don Manuel Alonso Pérez de Guzmán y de su señora doña Juana de Sandoval, condes de Niebla.

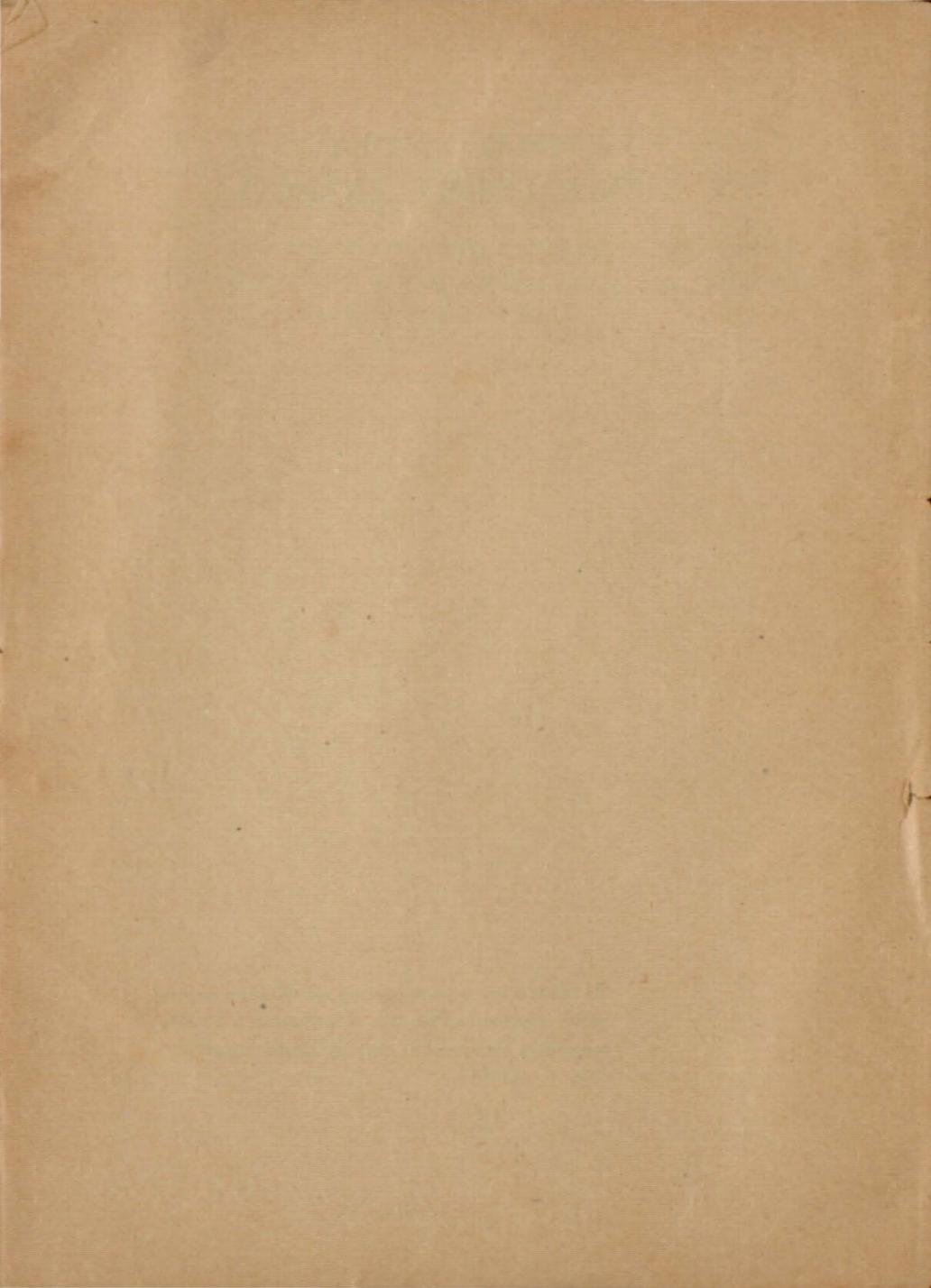
A mediados del pasado siglo, existía en esta calle el "Hotel Rica", en el que se desarrolló una tragedia en la que resultó muerto el cocinero por riva

lidades comerciales.' Mas arriba, "El Fornos" y, junto al mismo, una dulcería de la madre política de don Fernando García y García.

Y este era el ambiente de estas calles cuando nuestros abuelos, escuchaban las horas y las medias que cantaban los serenos.

GENERAL MOLA
Y GENERALISIMO FRANCO

Rivalidad entre las empresas de diligencias establecidas en la Placeta.—De Huelva a Sevilla en nueve horas.—La cruz de hierro forjado.—Las posadas.—



LAS dos calles son, sin duda alguna, las de más solera en la nomenclatura urbana de Huelva. Parte la primera de la esquina de la calle Concepción, corazón de Huelva; la continúa la segunda que desemboca en el Puerto. Hasta mediados del siglo XIX, estas calles conservaron el auténtico sabor de una época olvidada ya en la historia de Huelva. El mar les daba el carácter castizo de la ciudad choquera, reflejado en las leyendas

marineras que nos hablan de "Galluo" Juan el Polaco, el Cartagena, el Cano, Tojones, y tantos otros patrones de pesca que agotaron su vida en la peligrosa y permanente tarea de las singladuras.

La calle General Mola, se llamó antes Sagasta. La del Generalísimo Franco, fué conocida en un principio por La Calzada, más tarde por Marina, y después por calle Almirante Hernández Pinzón. Sus casas eran bajas y encaladas a la usanza rural. En la calle Sagasta y en La Placeta existían varias posadas y esta última era como la Puerta del Sol onubense. De ella partían las diligencias que iban a Sevilla, explotadas por las Empresas "La Sevillana" y "La Huelvana", entre las que existía una gran rivalidad.

Las diligencias de "La Sevillana" tenían su salida del edificio donde ahora está instalada la Droguería de don José Borrero Carrasco, y las de "La Huelvana" de la "Posada de las dos Puertas", instalada donde hoy se encuentran los Almacenes Arcos. Tanta era la competencia entre las dos empresas, que más de una vez tuvieron que intervenir las Autoridades, prohibiendo las carreras vertiginosas de los vehículos que se disputaban un minuto de tiempo en alardes peligrosos de curvas y saltos. En una de estas porfías, una de ellas consiguió hacer el recorrido de Huelva a Sevilla en la increíble etapa de nueve horas.

De los más antiguos comercios que se recuerdan era la confitería de Machuca y el taller de hojalatería del célebre Bullora. En la Placeta se levantaba la hermosa Cruz de hierro forjado que aparece ahora en las puertas de la Ermita de la Virgen de la Cinta. En el mes de Mayo, el vecindario adornaba la Cruz con flores del tiempo y encendían grandes hogueras, sobre las que saltaba la chiquillería cantando una copla que empezaba:

A la Cruz de Cristo,
échale leña...

En la puerta de la "Posada de Monaria," los arrieros de todos los pueblos de la comarca aparejaban sus cabalgaduras, mientras un chiquillo travieso urgaba con una varita en el rabo de una mula de alquiler. Si era día de corrida de Toros, la Placeta se animaba de modo extraordinario con la gran cantidad de forasteros que acudían a la capital.

Cerca de La Placeta estaban los cuatro castillos, formados por las calles Sagasta, Marina, Carmen y Zafra. En este lugar había un altillo, por el que se pasaba para sortear las grandes lagunas de fango que imposibilitaban el tránsito. La calle Marina estaba llena de accesorias destinadas a lonjas, que así llamaban a las pilas destinadas a salar el pescado. Al final se encontraba la antigua pesquería, siempre concurrida por arrieros de la sierra

que recogían la bastina. Esta pescadería ocupaba el lugar donde se encuentran instalados los talleres "Lima" y era frecuente ver una de las ace-
ras llena de ranchos de pescado y de berdigones, que eran subastados por los aramperos.

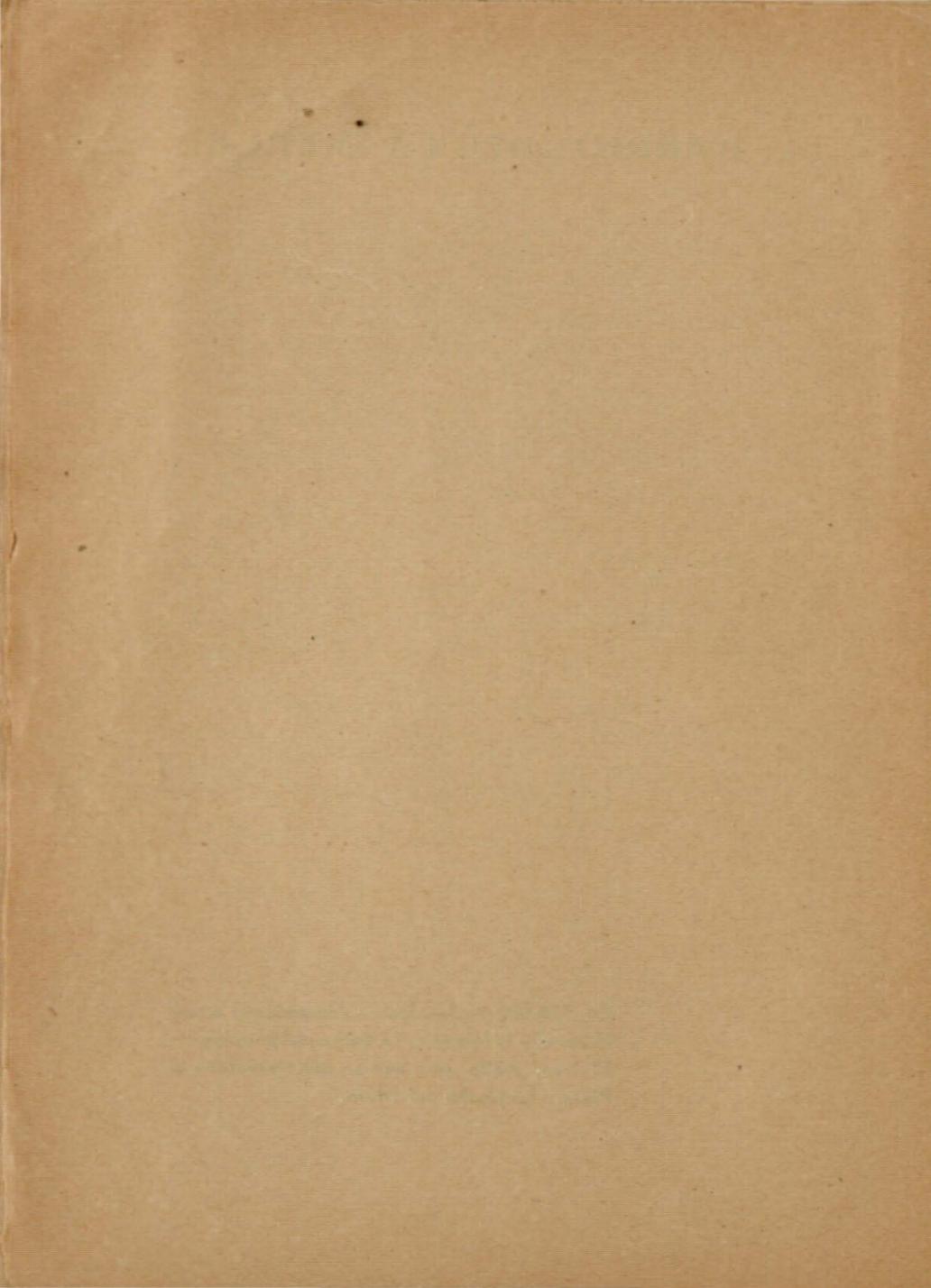
Dentro de La Calzada se levantaba un baluarte y en él una Capilla en la que se adoraba a la Virgen de la Estrella, que después se trasladó a la Iglesia de la Concepción tomando el nombre de Nuestra Señora del Carmen. Poco a poco, tanto la calle Generalísimo Franco como la de General Mola, fueron acusando el perfil moderno que requería el progreso de la ciudad, constituyendo un gran acontecimiento la instalación del "Café Nuevo Mundo" que llegó a ser uno de los mejores de Andalucía.

La piqueta llegó a trabajar afanosa de uno a otro extremo de ambas vías, y aunque aún se conservan muchos vestigios de aquel tiempo, fueron las calles que más pronto se pusieron a tono con la importancia que Huelya iba adquiriendo; como por encanto surgieron los nuevos comercios, bares y hoteles, entre los que merecen recordarse la ferretería "EL Candado", el "Hotel Madrid", la zapatería de Manuel Vélez, la confitería "La Campana", el bazar "Mascarós", el restaurante "El Cocodrilo", "La Sucursal" y otros muchos... uzos existentes aún y otros desaparecidos.

En el rápido florecimiento de Huelva, los claxons de los automóviles, la luz de los escaparates modernos, el bullicio de los autobuses y el casco blanco y pintoresco de los Guardías que regulan el tráfico de la Placeta, sustituyeron poco a poco a las voces de los mayores de las diligencias, a los herrajes que por Feria de Gibraleón exhibía el tío Gecio en la puerta de su herrería, al trájín de los pregones marineros y a los gritos de los arrieros que pugnaban en vano por apaciguar el carácter malintencionado de sus mulas de alquiler

EL BARRIO [DE] LA MERCED

En 520.000 reales, fueron adquiridos el actual Hospital y la Iglesia.— La fiebre del petróleo.— El tren, tirado por mulas, que atravesaba la Plaza.— La piedra del Moro.



EL Barrio de la Merced, con su Plaza, la calle San José y el Paseo de la Independencia, es uno de los barrios más bulliciosos y populares de Huelva. Hasta hace pocos años, se engalanaba en las tradicionales fiestas de Nuestra Señora de la Cinta.

La entrada al recinto de la feria, era la calle San José; hace muchos años llegaba hasta ella el estero del mismo nombre. Los marineros que se acer-

caban de noche para atracar sus barcos, en la época en que la ciudad carecía de alumbrado, tomaban como referencia y guía la luz de aceite de un farol colgado en la Cruz que se alzaba en el Cabezo de San Pedro junto a un gran peñasco, ya desaparecido, conocido por "La piedra del Moro;" junto a esta Cruz, se reunía el vecindario, los domingos, para tomar el sol del invierno, entregados a la infantil tarea de partir piñones.

La casa de tres pisos que hace esquina con la calle Puerto, fué la tercera de la ciudad con este número de plantas. En ella estuvo instalada la casa de Correos y, antes de la reforma actual, el viejo inmueble sirvió de almacén para las cáscaras de cobre que los carros transportaban desde las minas.

El Paseo de la Independencia se llamó antes la Vega Larga. Se rotuló con el nombre actual, el dos de mayo de 1908, para conmemorar el centenario de tan gloriosa efeméride. Con toda solemnidad, fué colocada la lápida que ahora se encuentra adosada a la fachada de la Iglesia. El paseo era terrizo y estaba orillado por unas hileras de bancos de mampostería, con espaldar de hierro y doble asiento de mármol, colocados hace unos cincuenta años. Al final, está la Plaza de Toros, que se inauguró en 1902 con una corrida de toros en la que actuaron "El Litri" y "Machaquito."

El barrio tiene en su historial una anécdota muy simpática. Cerca de la llamada Calleja del Molino, y para las necesidades de una obra, se procedió a la construcción de un pozo. Cual no sería el asombro de los obreros al ver que a determinada profundidad el agua se convertía en petróleo. Surgió como una llamarada la pasión, los comentarios, las explicaciones técnicas, las investigaciones.... ¡Esto es un yacimiento!—se dijeron los descubridores—; A los pocos días empezaron a denunciarse pertenencias y se declaró que la zona petrolífera alcanzaba a toda la Plaza de la Merced y parte de la calle Ginés Martín. Huelva estaba orgullosa de su mina de petróleo. Pero cual no sería el desengaño, al comprobarse que el tal petróleo procedía, de unas doscientas latas de este líquido, que se habían vaciado fortuitamente en un almacén que de ellas tenía la Junta de Obras del Puerto y que poco a poco había ido filtrándose el petróleo en la tierra hasta llegar y confundirse con las venas de agua.

Durante la construcción de los talleres y Estación ferroviaria de la Compañía de Zafra a Huelva, atravesaba la Plaza de la Merced un ferrocarril tirado por mulas y por el que se transportaba la tierra sacada de los cabezos para el relleno de la marisma. La Plaza tenía entonces unos asientos de mampostería, sin espaldar, que más tarde fueron

sustituídos por otros de ladrillos y mármol más decorativos y más cómodos. Entonces adornaban la Merced unas acacias que nunca estuvieron mejor guardadas que cuando estuvieron bajo la custodia de un ciego llamado Paulino; cuentan que la eficacia de su guardería consistía en que, como no veía, encuancto sentía el mas mínima ruido de chiquillería empezaba a repartir palos a diestro y siniestro sin saber ni preocuparse donde caían y a quien lastimaba. Durante su mandato—que mandato y no endeble era—se plantaron las palmeras que hoy existen. A Paulino le sustituyó el tío Benito, antiguo pregonero del Ayuntamiento, que instaló en la Plaza un puesto de bebidas y pescado frito.

En la Plaza estaba un antiguo Convento mercenario, soberbia obra del arquitecto Pinto, con una Iglesia que es la más bonita de la Provincia, muy parecida a la de La Palma del Condado que es obra del mismo arquitecto. Desapareció el Convento con la desamortización de Mendizábal, pasando a poder del Estado, y siendo adquirido despues por el Marques de Villafranca de Vélez. Lo heredó el primogénito del Marqués don Pedro Alvarez de Toledo y sus hermanos doña Maria Teresa, Condesa de Sobradiel, doña Maria Tomasa, Marquesa de la Romana, don José, Duque de Bivona, y don Ignacio, Conde de Stefani. Pasó de nuevo al Estado que

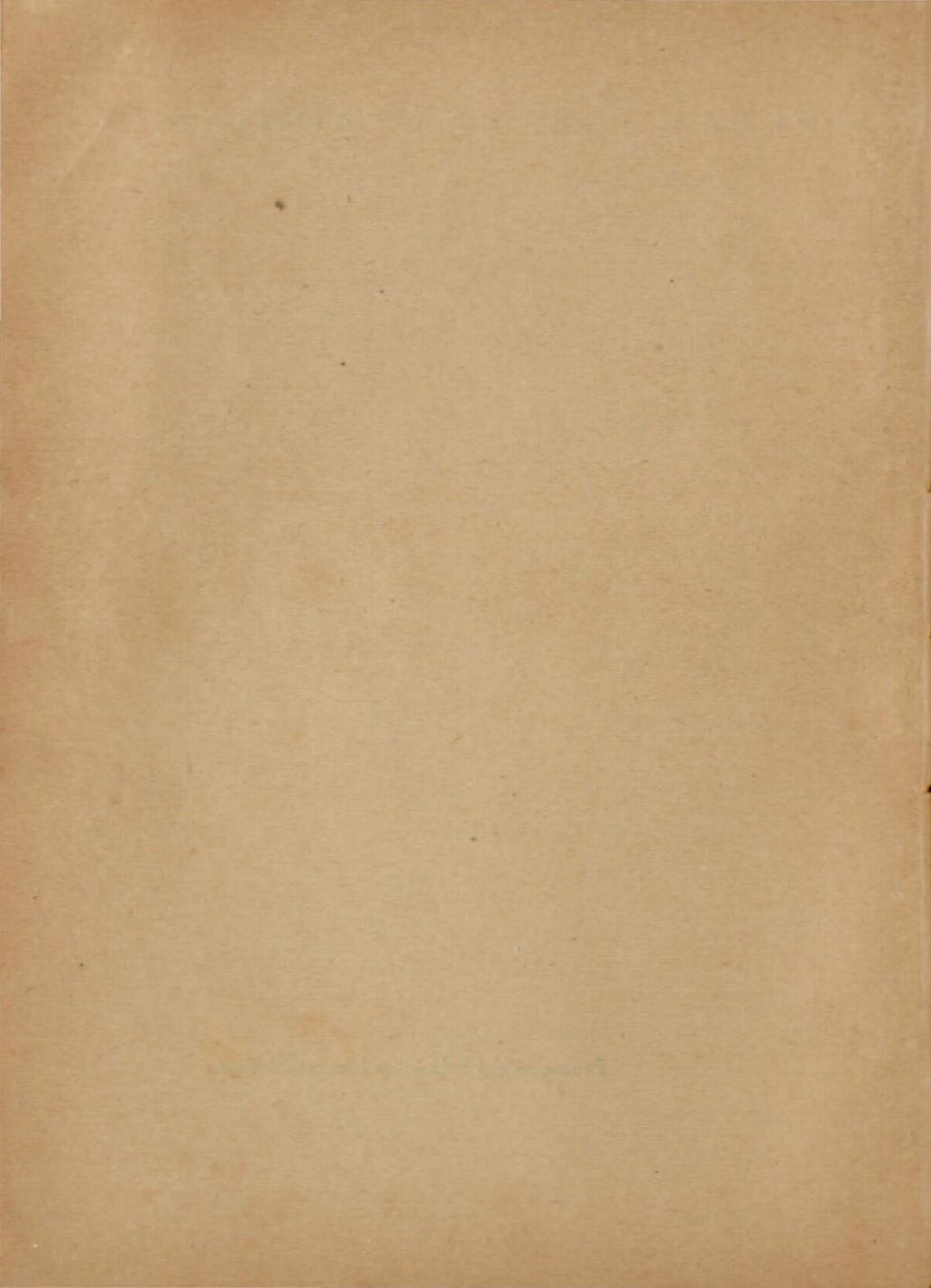
instaló en él un cuartel; después lo rescató el Marqués de Villafranca y lo vendió a la Excmá Diputación para Instituto de Segunda Enseñanza y Escuela Normal de Maestros. Actuó de apoderado en la transacción, don Pedro Terol y Alfonso, secretario particular del Marqués, y se otorgó la escritura de venta, ante el Notario don Manuel Sanchez Levanfil, el diez de octubre de 1865. El precio convenido fué 520.000 reales. Posteriormente fué habilitado para Palacio de la Diputación y Hospital y en esto último esta convertido en la actualidad.

Ya no tiene feria, porque se instala en el Muelle; ya no existe el farol que guiaba a los marineros hasta el estero de San José, porque ni hay estero ni hace falta el farol; ni queda en el barrio ningún Palacio, aunque sea pequeño, que se pueda comprar por veinte mil duros...

620.000 14
12
00 10000

PLAZA DE LAS MONJAS

Evocación del Palacio de Medina-Sidonia.



LA Plaza de las Monjas es uno de los más bellos rincones de Huelva. Ella constituye para nuestra ciudad, su perla más preciada y su más legítimo orgullo. Es bonita por los cuatro costados —como dice el fandanguillo famoso y nos trae a la memoria, sobre todo a los que hemos pasado la curva de los cuarenta años, muchos y muy gratos recuerdos de una despreocupada y jovial juventud. Muchas de nuestras ilusiones se for-

jaron a la sombra de sus palmeras y aspirando la fragancia de sus nardos en las noches, ya lejanas, de los veranos de nuestros tiempos mozos.

La Plaza de las Monjas, patio florido de Hueiva, lo es todo para la Capital; como lugar de tertulia, nunca hubo otro donde el pueblo se sintiera más fraternalmente unido durante sus horas de recreo. La Plaza es graciosa y elegante como una mujer hermosa, y su ambiente es inimitable.

En la mocedad de nuestros abuelos la Plaza se llamó de la Constitución y formaba un paseo de tres tramos aprovechables: El de la calle, el formado por las hileras de bancos, y el paseo central. Entre los bancos, de ocho metros, las frondosas acacias daban sombra a los curiosos, a los desocupados y a los enamorados. Corría una leyenda, que aseguraba que esta Plaza formó, un tiempo, parte de la huerta del Convento y que de ahí le vino el nombre. Sus cuatro fachadas eran de construcciones antiguas de sabor pueblerino; la casa más bonita de aquella lejana época, desapareció con motivo de la reforma urbana de la ciudad.

En los primeros años de este siglo, el antiguo Palacio de los Duques de Medina Sidonia fué sustituido por el soberbio edificio, propiedad del señor García Ramos, conocido vulgarmente por "la casa de la bola;" y en el que, por su parte posterior se halla instalado el Gobierno Civil. Adosados

a la fachada del Palacio se hallaban instalados unos grifos que surtian de agua, del Chorrito o de la Fuente Vieja, a los habitantes de la parte baja de la ciudad.

Anexas al Palacio estaban instaladas las caballerizas. En ellas se celebraron combates a caballo y torneos caballerescos, así como corridas de toros; en ellas actuó más de una vez, el famoso "Mequis"—padre del que luego fué matador de toros Miguel Baez "Litri"; — en una ocasión un onubense, a quien llamaban Matojo, venció con su jaca la bravuconería de un andarin que apareció por la ciudad desafiando a diestro y siniestro para una singular peléa entre el hombre y la bestia.

Frente a esta fachada se construyó el soberbio edificio del Banco de España; aún quedan algunas casas antiguas en la primitiva humildad que tanto contrasta con la esbeltez y magestuosidad del moderno edificio gloria de Huelva y uno de los mejores de la Península. Constituía una institución en la Plaza de las Monjas, el célebre Guardia Municipal "Cojo Mértola," que, además de ser el terror de la chiquillería, era el proveedor de ponches y zarzaparrilla, amén del aguardiente, de los numerosos y simpáticos clientes de sus dos aguduchos. Los niños tenían su diversión en los coches del famoso Ocaña, que por quince céntimos los paseaba desde la Plaza al Muelle y viceversa.

Esta era la Plaza de las Monjas hace años. De un lado a otro tenía un desnivel de más de un metro, defecto que corrigió el sabio arquitecto don Francisco Monis Morales, agregándole las caballerizas del antiguo Palacio, con lo que se inició la transformación de la antigua Plaza en la realidad urbana que ahora es.

LAS CALLES GENERAL PRIMO DE
RIVERA Y 18 DE JULIO

Fe y temple de nuestros viejos hombres de mar.
—La Cruz de la calle Enmodio y la del Pino,
guia y luz en los afanes de la pesca.—

LA calle General Primo de Rivera, antiguamente llamada General Azcárraga, ha sido conocida durante muchos años con el nombre de calle de la Seña. Parece ser que este nombre, con que fué bautizada por nuestros abuelos, se deriva de las aceñas que daban agua a las huertas que existían en sus viejas casas; aquellas casas, de una sola planta, encaladas y tradicionales que tanto armonizaban con el aspecto primitivo de nuestra

ciudad. Hoy, por su situación de arteria urbana principal, cuenta con numerosos comercios, pero antiguamente conoció la vida humilde y sencilla, que poco a poco se va esfumando, de aquellos hombres marineros que dieron a la legendaria Onuba fama de patria de gente curtida en las rudas faenas de la pesca.

El rápido progreso que se dejó sentir en Huelva, a partir de las postrimerías del pasado siglo, pasó por el encerado de los recuerdos la esponja del tiempo, dejando solo huellas desvaídas en el actual perfil urbano lleno de actividades e inquietudes. A pesar de eso, la calle General Primo de Rivera, con sus modernos edificios y su trajín comercial, respira aún ligero ambiente de su anterior época que la hace simpática y atrayente.

Tuvo fama el Café de Pedro Salas, propietario al mismo tiempo de un balneario que existía en la Calzadilla, y en el que es notorio que se reunían los artesanos y obreros destacados de la población.

En esta calle desemboca la calle Rábida, la mejor alineada de Huelva, y la de Miguel Redondo. La primera de ellas, con empaque de vía de ciudad moderna, comenzó a construir por iniciativa de don Manuel Vázquez López, hace unos cuarenta años. En ella solo existían huertas en las que crecían a su placer granados y hortalizas; para el rie

go tenía una hermosa noria con abundante agua. Existían también varias bodegas y en una de ellas, "Los Santos Lugares" propiedad de don Matías López, hubo anteriormente una fábrica de serrar maderas, de unos señores extranjeros. La calle Rábida se comunicó con la de Primo de Rivera, al destruirse una cochera que poseía el señor Vázquez López.

La de Miguel Redondo, es una de las más famosas de Huelva, debido a su fuerte colorido marinero, que le dieron, a través de muchos años, la gente que la habitaron, dedicados en su mayoría a la profesión del mar. Las casas eran tan bajas que casi se alcanzaban los aleros con la mano. Todo en ella era trajín de pesca. Redes, rezones, toletes, y velas con remiendos que las mujeres cosían sobre el empedrado. Frente a ella, después de pasar la Calzadilla, desembocaba un caño por el que se iba al canal de Palos y en que las embarcaciones cargaban las hortalizas de las huertas cercanas. A la entrada de este caño había una hornacina con una Cruz, alumbrada por un farol de aceite, conocida por "la del Pino" y ante la cual se descubrían y persignaban todos los marineros.

La esquina conocida hoy por "la del Tupi," formaba con las calles General Primo de Rivera, 18 de julio, Agua y Alfonso XII, los "Cuatro Cantillos." Tal vez porque en cada esquina había una

taberna: la del señor Perico Ponce, la del "Morenito," la del señor Prin y la del "Bailaor." A ellas acudían los marineros de la vecindad, tocados con unos enormes pañuelos de hierba amarrados a la nuca, con uno de los picos caído sobre la espalda.

En una de estas tabernas ocurrió un hecho que demuestra la entereza de aquellos viejos lobos de mar. Fueron protagonistas, un tal Pepe el Serrano, dueño de la desaparecida "Venta de la Pava" que tenía fama de guapo y jaquetón y el señor Curro el Lineros, marinero de mucha calma y bien probado temp'le. Copeaba el tal Pepe el Serrano junto al mostrador, cuando Curro hizo su entrada en el establecimiento. Al verle, el primero dijo al tabernero:

—Echale una copa de vinagre a este.

—Echala—dijo el otro—.

El tabernero dudó pero el señor Curro insistió en que la echara. Una vez la copa servida, el Señor Curro se echó mano a la cintura en ademán sospechoso y con mucha calma se dirigió al mostrador y le ofreció la copa. El Serrano, mordiéndose los labios, no le quedó otro remedio que sonreír y beberse el vinagre. Sabía demás que no había otro camino ante la actitud serena pero decidida del viejo marinero.

Sigue a la calle General Primo de Rivera, la calle 18 de Julio, llamada en la antigüedad Berdigón

y más tarde Sevilla y Canalejas. Se llamó Berdigón porque todos sus vecinos se dedicaban a la pesca de este molusco que empleaban como cebo en 'la pesca de la mojarra.

Aún existe un ancho corralón, que ha sido y sigue siendo morada de los tipos más característicos de Huelva, tan magistralmenté cantados por don Manuel Siurot. Esta calle, cuando pasaba la Virgen del Rocío camino del Santuario de Almonte, se engalanaba con arcos de flores; dirigía el exorno un tal Francisco el Polaco que era muy devoto de la Virgen.

Paralela a la calle Berdigón está la calle Bailén, antigua calle Enmedio, que aun conserva su rancio y típico aspecto marineró. En ella había un mosaico ingenuo que representaba una Cruz, ya desaparecido, ante el que oraban los antiguos pescadores antes de embarcarse. Cerca le anda el "Brasil Grande," donde todavía se descubren tipos inéditos de la picaresca española.

LA PLAZA DE ABASTOS
Y SUS ALREDEDORES

Tabernas y Cafés de la Huelva pretérita.- Casas de tres plantas construídas en cuarentas y cinco días.-El "Silverio", "La Parrala" y Raquel Meller.- Cafés cantantes que desaparecieron.—

SE inicia este Barrio con la antigua calle Boca. Se cree que fué llamada así por desembocar frente a la Cruz, ya citada, que miraba a la calle los Herreros, en la que, cuando era marisma, existían varias herrerías de gitanos que se dedicaban a fabricar clavos. En ambas esquinas, donde se encuentran establecidos los "Almacenes Arcos" y el "Bar Astoria", hubo freidurías alumbradas por hachones de petróleo colocados a ambos la-

dos de las puertas. Una de estas freidurías era del tío Juanito. Al desaparecer se estableció una tienda de ultramarinos propiedad del señor Carbonell y esta desapareció a su vez cuando se construyó el edificio actual de tres plantas; esta construcción en cuarenta y cinco días, constituyó un record de velocidad aun no superado. La rapidez era consecuencia de la urgencia que tenía el terminar el edificio antes de los actos conmemorativos del Cuarto Centenario del descubrimiento de América. El Maestro de obras que realizó la proeza fué el maestro Vizcaya.

El local de la droguería de don Gaspar Borrero, sirvió de panadería y después de almacén de aceites y vinos de don Juan Tejero Marroco. También hubo otro almacén de vinos y aceites cerca de la residencia de don Justo de la Cueva. Existieron, así mismo, dos grandes posadas llamadas una de ellas "Las dos puertas". En lo que comprende el trozo de calle de "La Joya" a la esquina de la de Duque de la Victoria, estuvieron los almacenes de la Tabacalera y, más tarde, las oficinas de Hacienda. Al final de esta última calle no había más que una casa llamada "Los cuatro Vientos", muy frecuentada por gente trasnochadora y jaranera. Todo lo demás, comprendido en calle Valencia, José María Amo y Luca de Tena, era una ancha superficie marismeña.

La Plaza de Abastos fué construída en el año 1876. Se le llamó Mercado del Carmen y con este nombre se rotuló la calle inmediata, por llamarse así la marisma sobre la que fueron construídas. Rodeaban el mercado en aquella época muchas tabernas—no serían más que ahora ¿verdad lector?—entre las que destacaban la del “Terrible”, la de Peguero, y la de Faustino; pero sobre todas la del tío Lucas que estaba situada en la esquina del “Alba”. El tío Lucas era un viejo marinero, con aspecto de pirata malayo, con largas patillas, gesto fiero, gran simpatía y que infundía mucho respeto a sus clientes morosos o pendencieros

Los primeros en establecer posadas en la calle del Carmen fueron los conocidos por “los Dominguez” y un tal Teodoro. Los cafés más populares del mercado eran los que tenían el señor Rodríguez y el señor Arroyo. En el primero de ellos, las cucharillas estaban amarradas con unas cadenitas para evitar las distracciones de la clientela. Los primeros tablajeros fueron los Aguirre, los Almansa, Juan Miguel, Arestoy y el señor Leyra. La madre de los Aguirre, “seña” Dolores Aguirre, estaba encargada de la venta de los mondongos y tenía fama de ser una excelente cocinera, especialmente para condimentar guisos de menudos. Entre los primeros vendedores de pescado figuraron Esteban Ortiz, El Malagueño, Angel Trujillo, el Boton, y el Es-

cardao. El primer guarda de la Plaza fué "el Polaco", que también tenía una taberna en el mercado.

En la calle Tendaloras, que tomó este nombre porque en ella se tendían las redes de pescar, se abrían dos callejones que daban a la calle Marina. Existió en ella, esquina a la calle Valencia, un café cantante en el que actuaron, cuando jóvenes, el célebre Silverio y otros cantaores de mucha fama.

En todas las tabernas que se citan había colgadas unas cuerdas de esparto encendidas, para uso de los fumadores, que adoptaron este sistema para protestar del monopolio de fósforos. Desde la calle Rascón, partía la callejilla del Duende, misteriosa y sucia, con dos postes de hierro en los extremos. En esta calleja, y en el sitio donde ahora están los "Almacenes Patria", tuvo una escuela don Agustín Moreno y más tarde hubo un café cantante en el que actuaron "La Parrala" y Raquel Meller en sus comienzos. Cerca estaba, en la calle Rascón, la famosa "Casa de la Cruz" propiedad de Matías Muñoz, abuelo del célebre cantaores de flamenco llamado "El Feo". En esta Cruz, adornada en las fiestas de Mayo, se celebraban grandes fiestas y se encendían enormes hogueras... El vino y las enzapataadas clásicas se consumían al son de las panderetas y entre las risas y las burlas de la juventud femenina de buen humor.

BARRIO DE SAN SEBASTIAN

Sus leyendas y sus contrastes.—Evocación de fin de siglo.— Tiendas y personajes.—Tertulias y anécdotas.—"Litri", "Patilla", el "Trincayo" y otras figuras célebras.—



EL Barrio de S, Sebastian, celebra cada año la verbena mas típica de Huelva; la fiesta de San Sebastián—el San Sebastian bendito, patrón de los palmitos...que canta la musa popular y que la ciudad venera en la capilla del antiguo cementerio desde hace muchos años—. El pórtico de este Barrio está en la Plaza de San Pedro, con la Iglesia Parroquial y la torre más esbelta de la provincia, el fin está en lo que fué cementerio viejo.

El sol, la luna, los cantes flamencos, las penas y las alegrías de las guitarras, los palillos de las mocitas...y los rezos de todo el mundo, van de un extremo a otro del Barrio: desde la Parroquia donde se bautizan los que nacen, hasta el cementerio donde reposan los que se fueron y que constituyen raíces de nuestra carne y de nuestra alma.

¿Sería posible trasladar la fiesta del Patron a otro Barrio? No; le faltaría ambiente, sabor...alma, en una palabra. Las horas veloces y ajetreadas de los tiempos modernos, resbalan por sus aceras y dejan incólume la idiosincracia que le caracteriza, por lo que conserva aún en toda su pureza el perfil de Barrio castizo, recordando a diario, en sus vecinos y en sus escenas, a los maravillosos sainetes que dieron a Andalucía fama de dicharachera y de ingeniosa. Este Barrio no se parece a ningún otro de Huelva y sin embargo en todos los rincones de la ciudad hay algo que recuerda al Barrio de San Sebastián y parece copiado de él. Además, el primer paisaje que el recién llegado ve de Huelva, es el cabezo de San Pedro y la torre de esta Iglesia y...esto es del Barrio de San Sebastián.

La Plaza de San Pedro es un mundo de recuerdos y evocaciones para el autor de este libro. En ella ha jugado muchísimas veces, ha descalabrado a algún colegial, ha pasado los días de novillos

de la escuela, tal vez piropó por primera vez a cualquier chiquilla de las guapisimas que da el Barrio. Han pasado muchos años, pero aún se recuerda con alegría los codiciados ramos de chorizos de Lucas Pedrajas y la simpatía de Antonio Llama, un tendero de comestibles que tenía su establecimiento junto a la barbería del maestro "Tres Chicas," sangrador y sacamuélas, con fama de experto, que lo mismo cortaba una vena que un tendón.

Hace cincuenta años fué reformada la fuente, ya desaparecida, en cuyos altos se instaló la Prevención Municipal, a la que se dió el nombre de Avellano, por existir, según cuentan, un avellano en este lugar. Al final de la Plaza había un porche casi ruinoso donde se guardaban los pasos perteneciente a la Hermandad del Santo Entierro. Desde los altos del porche, y por la parte que daba al paseo de Santa Fe, se embobaban los chiquillos viendo trabajar al maestro Riquelme en la confección de fuegos artificiales, mientras se estropeaban el estómago con las chucherías que compraban en el puesto de Juanita. Desaparecida la Prevención Municipal de los altos de la fuente, en la que se veían centenares de cántaros en hileras los días autorizados para coger agua, se utilizó el local para ensayo de la Banda Municipal y del Orfeón Onubense.

H. C. Campos
[Signature]

Calle Silos arriba, se encuentra la Plaza de la Soledad; en ella se hallaban el estanco de Anita, la tienda de Benito, y la taberna de Joseli, hoy a cargo de su hijo. Frente a esta plaza se levanta el edificio de la antigua Capilla de la Soledad, que despues fué Asilo, mas tarde Escuela de dibujo, y por ultimo Escuela de instrucción primaria, a cargo del profesor don Lorenzo Ruiz Pozuelo. En la actualidad se encuentran instaladas en su planta baja, la prevención municipal y el refugio municipal "Santa Cristina."

Por la calle Nueva existía un pozo llamado "de la Calle," con una gran pila de mampostería para abrevadero. La esquina de la calle San Sebastian y plaza de la Soledad, es el corazón del Barrio; ya no quedan huellas de la plazoleta de los carros donde al compás de los martillos de una vieja fragua se calzaban rejas de arado, ejes de acero para los carros y, al fuego de monumentales hogueras, se montaban las llantas de hierro de las ruedas carreteras. La Plazoleta de los Carros, que tambien, tenía su pozo público, era centro de reunión de los abuelos de la vecindad. Cerca se encontraba la taberna de Lucora, que despues fue de Diego Lucas y ahora de la viuda del Salado; el puestecillo de berzas de Petrola y, enmarcando la Plazoleta, la tienda de comestible de Pedro Barrero, la barbería de Pepe Diaz, las panaderías de Colombo

y de Antoñita la Palmera, la taberna de Salvador Patilla y el taller de costura de su esposa Soledad. En la historia de este rincón, es personaje principal Miguel Baez "Litri," hijo del Mequi y de Señora Ana.

En la calleja Montro—Cal, acampaban los gitanos que se dedicaban a esquilar burros y a algun que otro cambio marrullero de caballerías. En el barrio se sentía el olor a la tierra húmeda de sus huertos y la fragancia de los jardines de Jose Briosso Toscano, progenitor de toda una familia de floricultores; cerca maduraba la fruta en las huertas de la Joya, que solo era un estrecho y embarrado callejón.

Con el Litri, dieron fama a la popular calle de San Sebastian, Diego Patilla, padre del novillero Tio Pimo y del Quemao, muy célebre por sus chistes; su hermano Salvador Patilla; Lucora y Manuela la Litra, hermanos ambos de Miguel; el Comparrito; el Trincayo, conocido por ser el mejor aficionado a los pollos; Pepe Diaz, maestro barbero muy simpático que a toda la chavalería que se pelaba en su barbería le dejaba la coleta; el Matutero, mozo de estoque del Litri; el Chague, picador de la cuadrilla de Miguel; el Cotorro, señor Diego y su yerno Antonio Fenández, primer empresario que trajo a Huelva las niñas toreras; Vizcaino el empresario de caballos, y un maestro zapatero co-

nocido por Lagartijo. Los labradores mas destacados eran Rechina, Diego el de Almagra, don Jose Simpreza, los Montieles, los Hernandez, y Enano Porrodre; de los hortelanos Pedro Hernez, Diego Patilla y Antonio Garrido, los cuales se porfiaban la supremacia de presentar en las fiestas del Patrón los rábanos más gordos criados en sus huertos con mimo como si fuesen clavellinas.

Al ceder Lucora el establecimiento a su tio Diego Lucas y al hijo Sebastian, montó otra taberna cerca de la Joya, en la que se instalaron unas peñas de cazadores y unos circulos gallisticos. A la Peña de Cazadores concurrían Modesto y Paco Jurado, Salvador y Andres el Loro, gente experta en gallos y pollos ingleses.

El Litri, ya veterano matador de toros, acostumbraba todas las mañanas, en la temporada de invierno, a presenciar la faena de la limpieza de su caballo a cargo de dos mozos que tenia; uno de estos mozos era negro y el otro mudo. Con tal motivo se formaba diariamente en el corralón de su propiedad en el callejón Montro—Cal, una tertulia a la que concurrían el Chague, Cagajarro, su cuñado, y los viejos amigos del torero, así como una legión de chavales entre los que figuraban Cantarito, Navarro, Litri II y Manuel Vizcaya, que despues fueron valientes novilleros.

Reseñar anécdotas del Barrio sería el cuento de

nunca acabar, ya que solo Manuela la Litra necesitaria un tomo de El Espasa. Esta mujer, varonil y de buen corazón, organizaba festivales taurinos bufos a base de los personajes mas populares y "trochos" de Huelva. Toreaban Pare Pare, Pidrin, Enrique el tonto, Nazario, y el Quino, haciendo figurar una vez en estos festivales al Mudo, mozo simpatiquisimo de su hermano y muy popular en el Barrio. El dia antes del espectáculo encerraba a todos en un pajar para evitar que se emborrachasen, exhibiendolos, horas antes del festival, por toda la ciudad en un carro que luego utilizaba para llevarles a la Plaza de Toros. Pelaba a los chiquillos a punta de tijeras, con la condición de que tenian que dejarse la coleta; apostaba en las riñas de gallos y más de una vez se vió en grandes apuros para eludir a los gentes del fisco que la vigilaban por su afición a matar cerdos de contrabando.

La broma que dió al vecindario Salvador Patilla, haciendo pasar a un extranjero por el señor Pedro Barrero, que años antes se habia marchado a América, se hizo famosa por las discusiones a que dió lugar en el Barrio durante varias semanas. Una vez se presentó en la taberna del citado Patilla, un hombre que preguntó a su hijo Mariano, entonces un chiquillo:

—¿Vive en los altos el Litri?

—Si, Señor, Respondió el chaval.

—¿Quieres subir y decirle que esta aqui el Vivillos?

El chiquillo, sorprendido, se quedo mirandole ex trañado. Ante aquel estupor el recién llegado dijo:

—¿Me conoces?

— No señor.

—Pues soy el auténtico Vivillos; el que antes fué bandido y ahora es una persona decente.

El chaval se puso pálido y en dos saltos subió la escalera comunicando lo ocurrido a Miguel, quien presuroso bajó y abrazó a aquel que durante mucho tiempo habia figurado, por sus hazañas, en las informaciones mas destacadas de la Prensa nacional. El Vivillos, que venia indultado y que se dedicaba a vender libros en los que relataba su historia, se supo despues que habia sido picador en la cuadrilla del Litri. Aquella noche Miguel, Cagajarro y el Vivillos, cenaron juntos.

Muchas otras cosas se podian contar de la gente de tan castizo Barrio, pero se haria la relación interminable; una de las glorias de estos vecinos es la gloriosa campaña de Miguel en Méjico. De su valor daban fé las fotografias que se exhibian en los escaparates de los establecimientos céntricos de la capital, toreando a verdaderas catedrales de la ganaderia de Piedras Negras.

Garrido, padrasto de Miguel Baez Litri, vendía con un borriquillo agua del pozo que existía al pie del cabezo de la Horca. Cuando se le preguntaba por la suerte de Miguel en las remotas tierras de América, solía contestar:

—Superiormente. Superiormente.

Pasaron los años. Miguel tuvo un hijo a quien nunca se llorará bastante. Fué Manuel Baez Litri, quien no solamente dió honra al Barrio sino que hizo enronquecer a todos los públicos de España gritando, admirados de su arte y de su valor, ¿Viva Huelva?. Si el Salado viviera, lloraría leyendo este capítulo.

LA PLAZA DE SAN FRANCISCO

UNO de los rincones más simpáticos de Huelva, era, sin duda alguna, la desaparecida Plaza de San Francisco; dentro de algunos años, donde ella estuvo, estará el corazón de la nueva ciudad que se está forjando. Aún está fresco en la memoria, el recuerdo de sus frondosas acacias, en cuyas ramas trinaban continuamente los pájaros, y a cuya sombra se pronunciaron tantas frases de amor; en la Plaza plena de intimidad, a

pesar de estar tan cerca del centro de la capital, los viejos marineros de la calle Enmedio tendieron muchas veces las blancas velas de sus embarcaciones, y más de una vez tejieron en ella, con cimbreantes varas de minbre, y al sol hermoso de nuestros inviernos, nazas para la pesca del choco.

Todo a su alrededor era blanco; blancas eran sus modestas y reducidas casitas; blanco también el paredón del carcomido edificio que servía de Cárcel. La piqueta lo ha demolido todo y pronto no quedará vestigio del pasaje.

La desaparecida Prisión Provincial, fué antes convento de franciscanos, y más tarde Cuartel en el que se alojaban las fuerzas de Infantería que guarnecían la ciudad; con los primeros chispazos de la guerra de Africa, las tropas se marcharon al Moro, y la Plaza de San Francisco, recatada y provinciana, se quedó sin el espectáculo marcial de los relevos de las guardias, sin los pitopos a flor de labios de los veteranos, y sin la vistosa policromía de los antiguos uniformes. Convertido el Cuartel en Prisión, nació bajo sus techos el Conde de López Muñoz, hijo de un oficial de Prisiones, que llegó a ser Grande de España por su esclarecido talento y su arrolladora elocuencia. Una placa de bronce, que perpetúa su memoria, es prueba del cariño y el orgullo con que Huelva llama hijo suyo al Conde de López Muñoz.

Todos los años, la Plaza de San Francisco servía de pista para los circos que llegaban a Huelva, con sus reales o camelístieas atracciones; no hace muchos años, — aún no han pasado de la treintena los espectadores mas pequeños — los chiquillos y los mayores reían las gracias de los famosos payasos "Chere", "Trujillo" y "Chicharito"; este último, estupendo acróbata, era popularísimo entre los onubenses. Hará unos treinta y cinco años, debutó el "Circo Alegria", en el que figuraba el trapealista Mario, que ejecutaba trabajos tan arriesgados, que el público se levantaba de los asientos por la emoción, si hemos de creer a los que aún recuerdan sus actuaciones. Su popularidad llegó a ser tal, que la musa popular adaptó a la música del célebre cuplet "Serafina 'la Rubiales", una letra festiva que empezaba diciendo:

"Anda Mario. . .
subete al trapecio,
y ten cuidado
no te rompas un hueso. . ."

Tal vez el lector recuerde el cuplet, que entonces hacía furor; era la época en que las cupletistas usaban zapatos de punteras y sombreros raros — modas son modas. . . — y la juventud no había visto de cine más que unas cuantas cintas grotescas, en la que salían los obreros de una fábrica, con enormes bigotes y estrechísimos pantalones.

De lo que era la Plaza de San Francisco ya no queda nada. A las casitas modestas sustituyen modernos edificios aprendices de rascacielos, y unas fuentes monumentales sustituirán a la que durante cincuenta años, surtió de agua a la vecindad, y escuchó los cuchicheos de las comadres esperando su turno junto a los muros de la Cárcel, llenos de sol por fuera y de miseria y dolor por dentro.

VIEJAS PLAZAS DE TOROS

En el lugar que hoy ocupa la Estación de Sevilla,
fué levantada la primera plaza.

COMO ocurría hace un siglo entoda España, Huelva era ferviente aficionada a la fiesta brava. El olor de las aguas saladas del Odiel se confundía con el aroma de las huertas, con el polvo de las eras próximas, y con el griterío y el color de las mujeres guapas que en los días deca-peas, pintaban en la ciudad un gigantesco capote de paseo con la policromía de sus mantones y la alegría de sus sonrisas y de sus ojos. Entonces

era Huelva como una ciudad pueblerina, y por sus calles empedradas corrieron muchas veces toros, asustados por la cal y la luz, siempre brillantes, corneando al aire en fallidos golpes contra el capotillo de los numerosos aficionados que entonces eran, luego fueron y siempre serán.

Era en la época, en que los hortelanos del Barrio de San Pedro, instalaban sus puestos de verduras en La Placeta, y los chiquillos acudían a la fragua de Blanco para que le arreglasen las puyas de sus trompos.

La primera Plaza de Toros construida en Huelva, se levantó en 1863 en el lugar donde se encuentra hoy la Estación de M.Z.A. Fué inaugurada por los novilleros José y Jacinto Machío, con reses de Anastasio Martín. La Plaza era de madera con jaulas. En una segunda corrida actuaron Silverio y "Jaqueta", que cobraron cincuenta duros; este último, maniático y extravagante, exigió que sus honorarios se le pagasen en cuartos, según era su costumbre. También torzaron en esta Plaza Lagartijo, Antonio Carmona "el Gordito", el Salamantino, Paco de Oro, y Sirineo. Actuando en una ocasión este y "Jaqueta", con toros de Anastasio Martín, fueron muertos 27 caballos, y hubo que perdonarle la vida al sexto toro por falta de jarmelos. Este toro indultado, días después, al ser corrido por las calles en una capea, mató, cerca de

la calle Marina, al tío Arenas, uno de los "guapos" de aquella época, que desafió a la res esgrimiendo un cuchillo. La Plaza la construyeron don Rafael de la Corte y don Antonio García Ramos, y fué empresario durante varias corridas, don Enrique Gomez García. "El Mequi", padre de Miguel Baez Litri, y Chachón, ambos de Huelva, torearon en este caso varias veces.

Otra Plaza de toros se construyó en el corralón de Madoqui, en la carretera Odiel, y otra en el lugar donde ahora se encuentran instalados los talleres de don Matias Lopez. En esta torearon Fernando Gómez, padre de los "Gallos," el "Gitano" y Manuel Vargas, entre otros.

Posteriormente se hizo otra Plaza de Toros en la calle Gravina, donde hoy está una Fábrica de Hielo, en la que torearon "Guerrita" y Miguel Baez "Litri" mano a mano.

La última Plaza, antes de construirse la actual, fué levantada en la calle Gran Capitan. En ella un toro de Ibarra mató al empresario Carlos Vazquez. Toreaban en esta corrida trágica Miguel Baez "Litri" y "El Mirlo". Cúchares toreó en varias ocasiones.

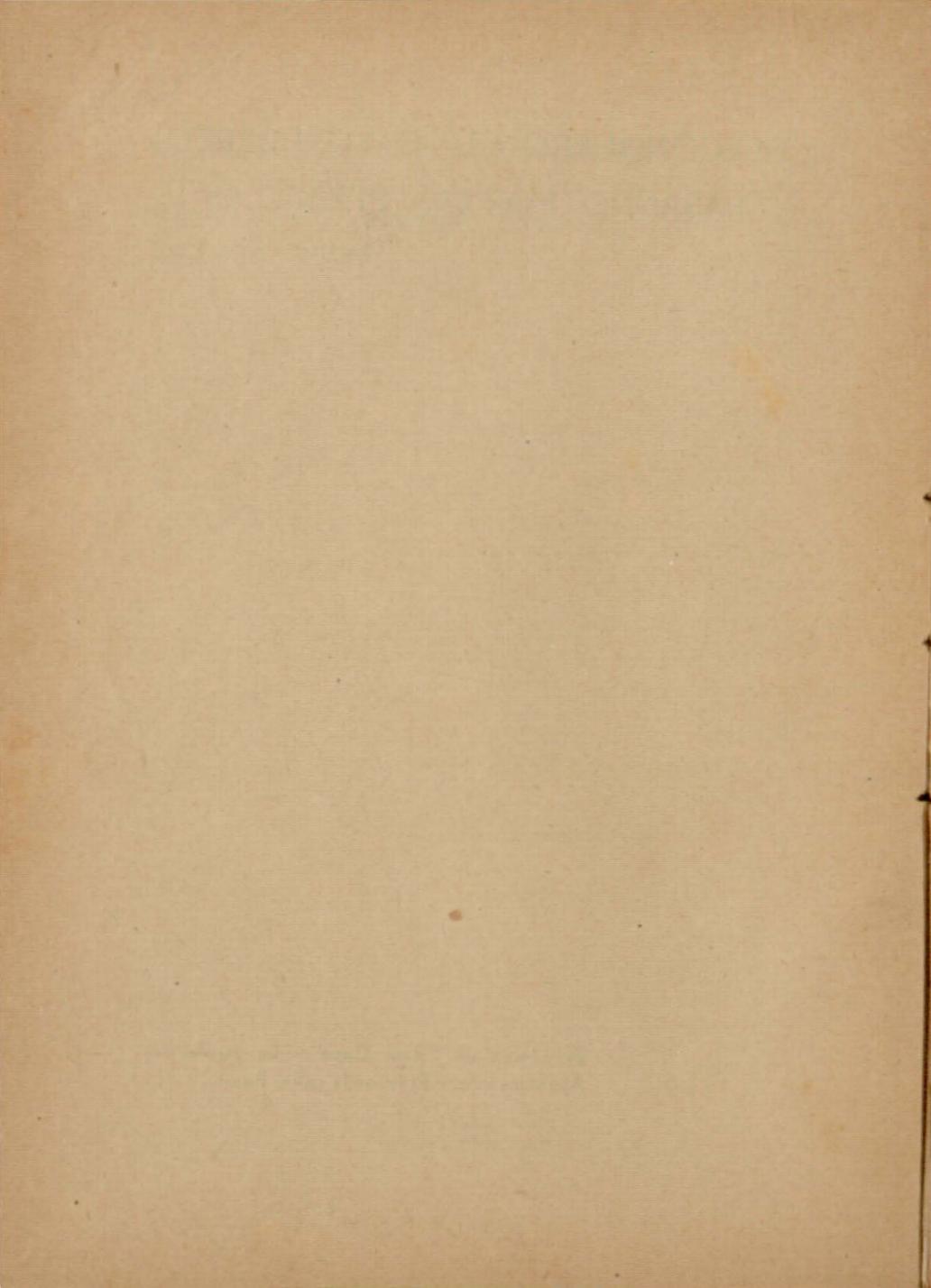
Por aquel entonces no se acostumbraba a echar los toros al corral; se les acosaba con perros y se los derribaba con un gancho en forma de media luna, que se clavaba en las corvas del animal y

una vez en tierra se le daba la puntilla.

Esta es a grandes rasgos la historia taurina de Huelva en el pasado siglo, pleno de esplendor en los cosos taurino.

DEL CONQUERO A LA CALLE PUERTO,
PASANDO POR LAS PITERILLAS

El crimen de "Rata Cane".—La farola del Ayuntamiento.—El río en la calle Puerto.



PARTIENDO del viejo Molinillo -- hoy calle Alonso Barba -- y paralela a la calle San Andrés, desemboca en la Cuesta del Carnicero la antigua calle del Matadero, nombre que tomó cuando existía en ella el primitivo matadero de la ciudad. El ganado destinado al sacrificio, llegaba a ella por una vereda, en la que acampaban los gitanos en cuevas echas en los cabezos, que se llama hoy Cuesta del Carnicero y en la que se montaban

as atracciones cuando la FERIA de la Cinta se celebraba.

Una almazara, de sistema primitivo, que había a espaldas de la Plaza de San Pedro, dió nombre al rincón que hoy llamamos Molinillo, situado en el barrio mas alto de Huelva; Y las numerosas pite-
ras que había en el lugar, legaron el nombre de Pi-
terillas a la calle que, cercana al Paseo de Santa Fé, desemboca en la calle Puerto, en ella había va-
rios molinos aceitero.

La calle Puerto, que empieza en la Plaza de Quintero Baez, terminaba, en tiempos ya algo re-
motos, besando las aguas del Odiel y de ahí le vie-
ne el nombre; en ella esta situada la Audiencia,
el Cuartel de la Guardia Civil y el Ayuntamiento
y, junto al Convento de la Victoria que luego se
convirtió en Bodega, se levantó el primer teatro
de la ciudad.

Frente al Ayuntamiento, vetusto caserón pronto
a desaparecer como casa Consistorial, había una
fuente idéntica a otra que tenía la Plaza de la Mer-
ced en uno de sus laterales; La fuente llevaba en
el centro una farola, rodeada por una sencilla ba-
randa de hierro de forma circular; dos graciosos
candelabros daban a la puerta del Municipio, em-
paque de edificio público.

Hace algún tiempo, la calle Puerto se comunica-
ba con la de Mendez Nuñez, una vez derribada la

antigua escuela de don Cecilio Romero, en la que durante más de cincuenta años estuvo funcionando la Escuela de Artes y Oficios, en la que recibieron prácticas enseñanzas muchos jóvenes de ambos sexos que luego fueron hábiles artesanos. En el lugar de la citada fuente, se levanta hoy la estatua a don Antonio Mora Claros.

A la calle Puerto desemboca, por su parte más baja, la calle Béjar. A este sector se le dominaba en otro tiempo el "Baldío de los bueyes", y el Odiel bañaba esta parte de la capital, donde existían pequeños astilleros, en los que se construían botes, lanchas y otras pequeñas embarcaciones de remo y de vela. Poco a poco se fué urbanizando este rincón y surgió la calle actual, que antes se llamó de Sevilla, y a la que concurrían habitualmente gente trasnochadora y aficionada a las fiestas. Hubo un café cantante en el local que ahora ocupa la taberna "El Terremoto", y cerca de ella la famosa casa "del Reloj", en la que también se instaló otro café cantante.

Evocando anécdota de este barrio, surge el recuerdo del crimen de "Rata--Cana", quien después de matar a su hermano lo dejó enterrado en el pozo negro de la "casa del Reloj". Durante algún tiempo, se dijo que el muerto estaba en America, y el crimen hubiese quedado impune sin la aparición de los restos del asesinado al hacer unas

obras en el pozo negro de referencia.

El que la ría llegase a estos lugares da idea de que en época, más o menos lejana, la anchura de nuestro Odiel era una copia aproximada —andaluces somos y no lo podemos negar— a la anchura del Mar.

EL SANTUARIO DE LA VIRGEN
DE LA CINTA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

EL día 13 de octubre de 1901, fué colocada la primera piedra para la edificación de las escuelas católicas, fundadas para la enseñanza gratuita de los niños de los huertos inmediatos, que por razón de la distancia y del trabajo no podían asistir a las escuelas de la ciudad. La cantidad necesaria para la realización de la obra fué recaudada por suscripción popular; la idea, el entusiasmo, las gestiones preliminares para conse-

guir el interés y, más tarde, el apoyo de los medios oficiales, se deben al entonces capellán don Manuel Barba Rebollo.

Aquel día—sol y brisa en los altos del Conque-ro—las campanas de la Ermita de la Virgen de la Cinta, anunciaron con un alegre repique la llegada al templo de Su Eminencia Reverendísima don Marcelo Spinola y Maestre, Arzobispo de Sevilla; acompañaban al Prelado, el Clero y Autoridades de Huelva; las naves y el patio del Santuario, estaban repletas de fieles; se entonó una Salve y después fueron confirmados numerosos pequeños. Más tarde se procedió a colocar la primera piedra de las obras en proyecto.

El Secretario de la Hermandad, don Antonio García Morales, procedió a dar lectura al acta de fundación que había de colocarse con la primera piedra. Transcribimos el texto íntegro, por su sencillez y hondo espíritu religioso.

“En el Nombre de Dios y de la Santísima Virgen de la Cinta: El Excelentísimo Señor don Marcelo Spinola y Maestre, Arzobispo de Sevilla, hallándose en esta Capital celebrando la santa visita el día trece de octubre del año de Nuestro Señor Jesucristo de mil novecientos uno, colocó esta primera piedra. Estas obras se ejecutarán para ensanchar la hospedería de este bello Santuario y, a la vez, con el hermoso objeto de proporcionar un lo-

cal ámplio para las escuelas católicas que ha fundado el señor Capellan don Manuel Barba Rebollo, bajo los auspicios del Señor don Francisco Jimenez y Jimenez A la mayor gloria de Dios. Autorizamos con nuestras firmas este documento que legamos a la posteridad.”

Al pie de este pergamino, que fué colocado entre dos chapas de plomo, firmaron y rubricaron el Cardenal Spinola y los señores don Manuel Garcia Viejo, Arcipreste; don Manuel Vázquez Perez, Alcalde; don Manuel Mora por la Diputación; don Manuel Barba Rebollo, Capellan del Santuario de la Cinta; don Francisco Jimenez, protector; don Manuel Siurot, hermano mayor; don Antonio Oliveira, mayordomo; don Juan Cadiz, vocal; don Antonio Garcia Morales, secretario; y don Fracisco Galvez, protector.

A continuación de la lectura, el señor Cardenal procedió a la ceremonia simbólica de la iniciación de las obras. Con un palaustre de plata y un cubo del mismo metal con algo de argamasa, el Prelado colocó, en el hoyo abierto previamente, el pergamino entre las planchas de plomo preparadas y sobre ello un ladrillo ordinario. La multitud prorrumpió en vitores y aplausos; la Banda de música del Asilo interpretó la Marcha Real; los niños y las muchachas se acercaron a besar el anillo del señor Cardenal, rompiendo todas las trabas de au-

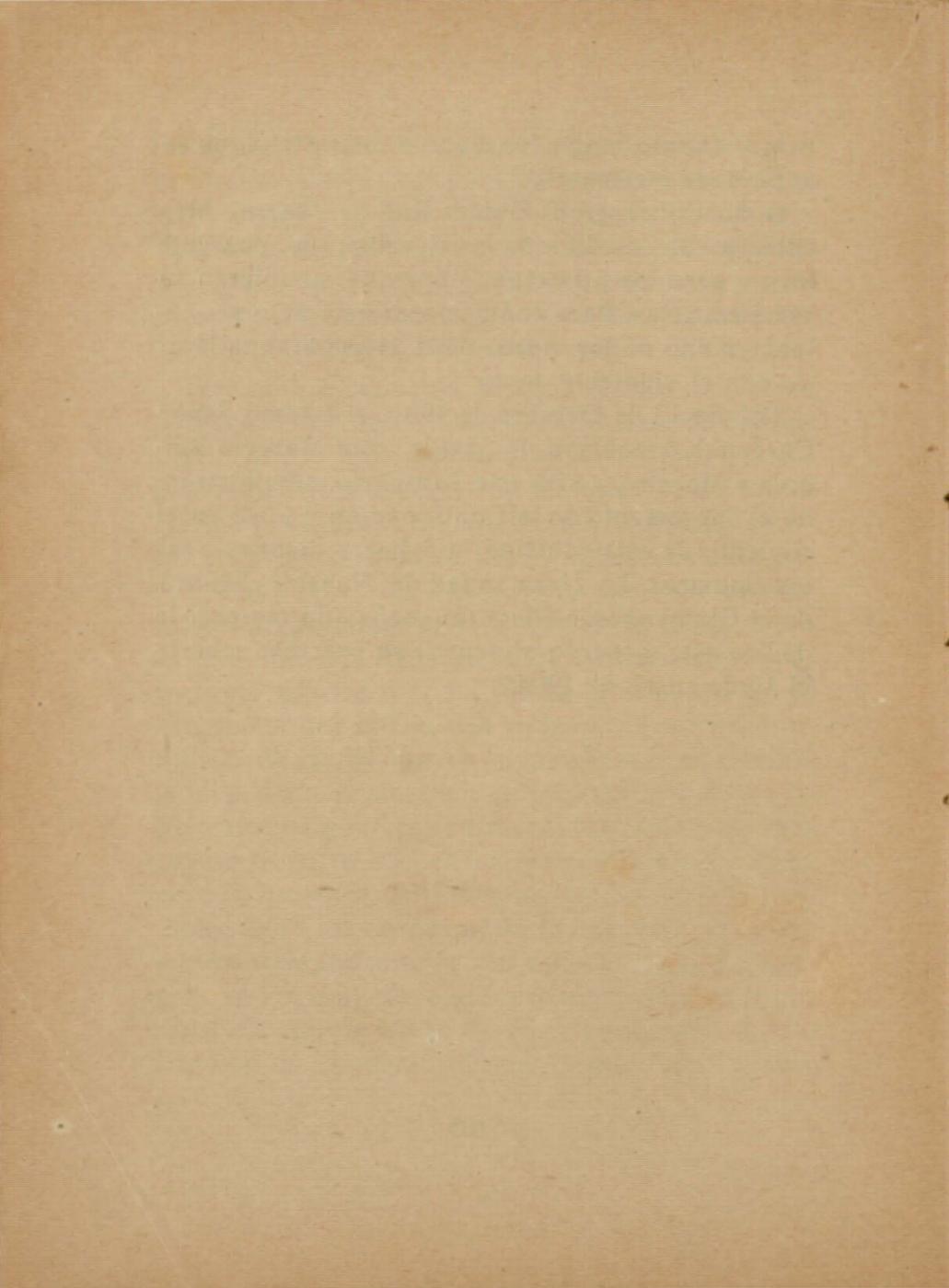
toridades y protocolo; Su Eminencia prodigó sus bendiciones sobre los asistentes y después, vuelto hacia la ría y el puerto, bendijo a la ciudad entera, en una amplia, ceremoniosa y renacentista bendición, que resultaba más impresionante por el lugar, la multitud, el aire libre, la ría brillante, las vestidura tales, los imponentes trajes de etiqueta.

Terminados los actos religiosos, los asistentes pasaron a una de las dependencias anexas al Santuario donde fueron obsequiado con una selecta merienda. El pedagogo don Manuel Siurot, como Hermano Mayor, pronunció unas sentidas palabras. Tuvo frases de cariño y agradecimiento para el ilustre prelado; describió en párrafos afortunados la excelsitud de la Virgen de la Cinta: "No es ella —dijo— la Reina del Cielo que invoca el guerrero en la pelea o el marino en el combate. Es la Virgencita que cobija con su manto de caridad infinita, a la madre que ve en las garras de la muerte un pedazo de su alma, al náufrago que lucha titánicamente con las embravecidas olas, para buscar un trozo de pan en un piálago inmenso", intercaló después de Su Eminencia el apoyo y la bendición para las obras que se iban a realizar y terminó dando las gracias por su asistencia. Le contestó el Prelado con una breve alocucion, en la que puso de manifiesto su deseo de cooperar a la realizacion de las obras; "Todo cuanto soy, cuanto

valgo cuanto tengo, lo pongo a disposición de esta piadosa Hermandad”.

Doña Concepción Gomez Rull de Ibarra, hizo entrega al Capellan de la Hermita, de cuarenta trajes, para los primeros niños que acudieran a estas escuelas. Para conmemorar este acto se colocó en uno de los muros de la Hermita, una lápida con el siguiente texto:

“El día 13 de Octubre de 1901, el Excmo Señor Cardenal Arzobispo de Sevilla, don Marcelo Spínola y Maestre, visitó este Santuario, administrando el Sacramento de la Confirmación y puso en el cimientto de esta columna la primera piedra de estos claustros. La Hermandad de Nuestra Señora de la Cinta, agradecida a tan señalada merced, le dedica este recuerdo al ocurrir su preciosa muerte el 19 de enero de 1906.”



E F E M É R I D E S

THE MESSIDOR

IV CENTENARIO
DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

Anuncio de las fiestas.—Velada literaria.—
Desfile naval.—Fiesta en el Hotel Colón.—
Regatas y fuegos de artificio.

LAS fiestas conmemorativas del cuarto centenario de la salida de las carabelas camino del nuevo mundo, dieron comienzo el día dos de agosto de 1892, a las seis en punto de la tarde, con un vuelo general de campanas que anunciaba a la ciudad la salida de las Casas Consistoriales de las comisiones de Huelva y Sevilla con sus respectivos estandartes. El de Huelva lo llevaba el señor Lopez Carrión, y el de Sevilla el Marqués de Gandul.

La ciudad estaba engalanada. En la Plaza de la Merced se organizó la comitiva anunciadora, en la que los voceros daban cuenta de la apertura del programa oficial de festejos. En los balcones daban una nota de color, los uniformes de los oficiales de todas las marinas del Mundo, venidos a nuestra ciudad para asistir a los actos conmemorativos. Las comisiones fueron recibidas en la Plaza de la Merced, con el Himno Nacional, interpretado por la Banda del Regimiento de Granada, y un piquete de este Regimiento rindió honores presentando armas a los estandartes. Más tarde se puso en marcha la comitiva, en la puerta de la Diputación Provincial, con el siguiente orden: A la cabeza, una sección de caballería de la Guardia Civil; estandarte dedicado por Huelva a los descubridores; clarineros, timbaleros y voceros, ataviados a usanza de la época del descubrimiento; corporaciones y sociedades con sus respectivos estandartes, a la cabeza de los cuales figuraba el antiquísimo de la Casa de Medinasidonia, escoltado por una sección de la guardia rural del Coto Doñana, propiedad de aquella casa ducal, cerraba marcha un piquete del Regimiento Infantería de Granada con música. Presenciaron la salida de la comitiva, desde los balcones del Palacio de la Diputación, el Cuerpo Diplomático y otras comisiones; las calles del tránsito estaban atestadas de público, que vi-

toreaba y aplaudía el paso de las banderas. El vocero pregonaba de vez en cuando la "fable" escrita por el poeta José Maria de Luna, cuya primera estrofa decia asi:

"Sepan cuantos escucharen
o leyeren esta fable,
que esa poderosa Reyna,
que ha por nonme la Fama,
a mi su fiel mensajero
hasta vosotros me manda,
para que todos sepades
que es ya la hora llegada
de honrar aquellos que honraron
los blasones de la Patria. . .

Este dia se celebró una corrida de toros, en la que se lidiaron cuatro hermosos ejemplares de la ganaderia de Clementes, matando los tres primeros toros Manuel Garcia "el Espartero"; y el último el banderillero Valencia. Por la noche tuvo lugar en el Hotel Colón la velada literaria. Ocupaban la presidencia el Ilustrisimo señor Obispo de Lystra, que tenia a su derecha a los señores Nuñez de Arce, General Rivas Palacios, Ministro plenipotenciario de Méjico, Sanchez Mora, presidente de la Real Sociedad Colombina, y al Secretario señor Hernandez Quintero; a la izquierda el Excmo Señor Capitan General de Andalucia señor Coello, los señores Rada y Delegado Director del Museo

Arqueológico Nacional, individuos de la comisión Central del Centenario, Balaciar, Ministro de Haití, y Ortiz de Pinedo, Ministro de Santo Domingo. Más tarde llegaron el Alcalde de Huelva don Rafael Lopez, el General Parejo y Sanchez Ocaña, en representación de la Marina española, y el señor Beranger, Ministro de Marina.

Pronunció un bellissimo discurso el Señor Sanchez Móra. A continuación, y en un absoluto y respetuoso silencio, habló el señor Nuñez de Arce, que ostentaba la Medalla de Académico de la Lengua; tuvo para Huelva frases de elogio y de cariño. Después de la lectura del fallo del jurado se organizó un baile que duró hasta la madrugada. El Hotel Colón estaba exornado de una manera maravillosa, como si fuese una residencia de las "Mil y una noches".

Terminada la velada literaria y el baile, numerosas personas se dirigieron al Muelle para embarcar y trasladarse a La Rábida; una muchedumbre enfervorizada esperaba el amanecer; a las cinco menos cinco minutos, la Marcha Real, anunció que era llegada la hora solemne de izar las banderas; era la mañana del día 3 de agosto. Al izarse las banderas, empezó la misa, oficiada por el capellán de la Compañía de Rio Tinto; en la línea de banderas, figuraban el estandarte de Colón y la insignia de Pinzón; en el centro presidía la Bandera de España.

Terminada la misa, las miles de personas que se habian congregado en los alrededores del Monasterio, bajaron al Muelle para ver las maniobras de la nao "Santa Maria", que se encontraba fondeada en la desembocadura del Rio Tinto; las baterías emplazadas en la explanada de la Rábida saludaron a la nave y esta saludó a las Banderas y Estandartes; un buque de guerra mejicano, y otro buque lejano, saludaron con salvas al Convento. La nao "Santa Maria", fué remolcada al mar, por el cañonero "Cuervo".

Fiesta naval

Izadas las Banderas, todos los buques se dirigieron al sitio previamente designado para la gran revista, en la Barra; tomaron parte en esta gran parada naval, treinta y cinco buques de guerra y una gran cantidad de mercantes, vapores, y otras embarcaciones. Las escuadras extranjeras se colocaron en linea, y ante ellas pasó la carabela "Santa Maria", a la que saludaron con hurras y cañonazos. El primer buque de guerra que saludó a la nao, fué la corbeta austriaca "Aurora", que no había podido pasar la Barra por dificultades imprevistas. La escuadrilla española, con la "Santa Maria" a la cabeza, regresó a Huelva a las diez;

el Ministro de Marina felicitó a cuantos habían tomado parte, por el éxito de la concentración marinera; en el cañonero "Temerario", asistió a esta revista la Sociedad Colombina.

A bordo del buque austriaco "Aurora".

Este buque, fué el primero y el último en las salvas al paso de la nao "Santa María"; el hecho circunstancial de que antes de la carabela pasara hacia la Barra el buque español "Legazpi", dió motivo a un cambio de saludos a que se vitorea- sen a España y a Austria, y a que se interpreta- ran los himnos nacionales de ambos países. A bor- do del "Aurora" se celebró un banquete, en el que hubo brindis elocuentes, que fueron iniciados por el Consul de Alemania en Huelva, que brindó por los Emperadores de Austria. A este brindis con- testó el Comandante del buque, dando vivas a Es- paña, a los Emperadores de Alemania, a la ciudad de Huelva y al Cuerpo Consular.

Terminado el almuerzo, el Comandante ordenó tocar zafarrancho de combate; la marinería ocupó sus puestos rápidamente; las maniobras se efectua- ron con justeza y rapidez extraordinarias; retum- baron los cañones, y tabletearon las ametrallado- ras y los fusiles. Fué un espectáculo curioso, y muy llamativo para los que le veían por primera vez.

Función religiosa en la Capilla de la Merced.

El día cuatro a las diez de la mañana, hubo una solemne función religiosa en la Capilla de la Merced. El crucero estaba engalanado con ricos damascos, arañas y flores naturales. Asistió el Ministro de Marina, comisiones de los buques extranjeros, y numeroso público. Al lado de la Epístola ocupó asiento, bajo dosel, el Obispo de Lystra; la misa, de gran pontifical, fué oficiada por Su Eminencia el Cardenal Comillas. La dirección de la música estuvo a cargo del eminente maestro de Capilla de la Santa Iglesia Catedral de Sevilla, don Evaristo Torres, cantándose la misa en fa; tomó parte en esta función religiosa, como tenor, el señor Pardo, al que acompañaba de contralto el señor Ibañez, beneficiado que fué de Granada y Sevilla; como barítono actuó Modesto Díaz, con coro de distinguidas señoritas

En otro segundo coro, figuraban los tenores sevillanos señores Molina y Palencia, los cantantes Rosi, Urraco y Roche, y los magníficos bajos Oliveras y Rojano, salmistas de la Catedral sevillana, con el presbítero señor Navajas. El sermón estuvo a cargo del Magistral de Córdoba, señor González Francés, que estuvo elocuentísimo en su apología a la Sociedad Colombina. La función terminó a la una y media de la tarde.

Banquete a la Marina extranjera.

A las ocho de la noche se celebró en el gran comedor del Hotel Colón; el banquete que en nombre del Gobierno ofreció el Ministro de Marina a las Escuadras extranjeras. Asistieron trescientos comensales; presidian los señores Ministros de Marina, Capitan General de Andalucía, y Contralmirante Butler; sobre las mesas lucian corbeilles, jarrones de fina porcelana llenos de flores, y hermosos candeleros que sostenian setenta y tres luces, que con las ciento noventa y siete de gas, encerradas en globos de cristal, formaban un total de doscientas setenta luces. El salón estaba profusamente adornado con macetas, y ramos de flores monumentales; durante la comida la orquesta del Hotel Colón ejecutó selectos números musicales; al final de la comida pronunciaron brindis el Ministro de Marina, el poeta Nuñez de Arce, como presidente de la Junta Central del Centenario, y el General Coello, Capitan General de Andalucía; tambien brindó el ilustre General De Ligoró, como Almirante de la Escuadra italiana y en representación de todos los marinos extranjeros.

El aspecto del salón era estupendo. Dominaba junto al frac, el brillante uniforme de la Armada; marinos de América y de Europa; oficiales de todas las Armadas del Mundo, veteranos unos en

las luchas del Mar, jóvenes otros en los barcos escuelas; generales y guardias marinas, almirantes y profesores, cambiaban frases de amistad y de consideración mutuas y todos hablaban con emoción de España, de Colón, de los Pínzones y de la Marina española. Al final de cada brindis, la Banda de uno de los Regimientos de Infantería de Marina, situada en la meseta de la gran escalinata de los jardines del Hotel Colón, interpretaba el himno nacional del país a que pertenecía el comensal que había hecho uso de la palabra.

Regatas en la ría.

El día cinco por la tarde hubo regatas, que resultaron interesantes y muy concurridas. En ellas tomaron parte los más importantes Clubs náuticos de Europa y América. Se disputaron los siguientes premios: Una botonadura de perlas, regalo de la Infanta doña María Luisa Fernanda, y un objeto de Arte, que regalaba la Reina Isabel.

La retreta.

A las nueve de la noche salió de la Plaza de la Merced, la retreta, que resultó muy lucida. Abria marcha la Guardia Municipal de Huelva, con faro-

lillos; banda de música; soldados de infantería de Marina del Regimiento de Granada, en número superior a cuatrocientos, con luces y bandas de música. Entre soldados de ambas infanterías, llevaban una farola monumental que representaba el Mundo, sostenido por las columnas de Hércules y rematada con una corona. La retreta recorrió las calles de Vega Larga, San José, Puerto, Tetuan, Concepción, Señas, Sevilla, Jardines del Hotel Colón, carretera Odiel, Almirante Pinzón, Sagasta, Tetuan y Puerto; se disolvió frente al Ayuntamiento. En algunos sitios, y por efecto del entusiasmo de la multitud, se rompieron los cordones de guardias e irrumpió la muchedumbre en las filas. Mas tarde se celebró un baile en honor de los marinos extranjeros en el Hotel Colón.

La Iluminación

Durante estos primeros días de la fiesta del Descubrimiento, la ciudad estuvo iluminada; especialmente el Muelle, causaba la admiración de todos, no solo de los onubenses sino de los numerosos forasteros que acudieron en aquella ocasión a nuestra ciudad. Vamos a transcribir el texto íntegro, de la crónica de un periodista de aquella época: "La fantástica iluminación en la ría, satisfizo tam-

bién a los más escrupulosos en este género de festejos, demostrándose que el buen gusto y la esplendidez que tanta fama dieron a las fiestas venecianas existen entre nosotros para complacencia de cuantos nos visitan y no ven defraudadas las esperanzas que al venir concibieran.

Es imposible describir exactamente el aspecto de la ría y paseos a ella inmediatos. Cuanto la imaginación concibe respecto a caprichosos y variados juegos de luz, se ofrecía allí real y verdadero. La armoniosa combinación de millares de luces de colores que al reflejarse en las aguas tranquilas, duplicaban el encanto que produjeran; el aspecto admirable del conjunto de buques, muelles y paseos iluminados con verdadera profusión; los acordes de las bandas de música que ocultas en los barcos enviaban sus armonías a la ciudad, como surgidas del misterioso fondo de las aguas; el repetido eco de salvas hechas desde tierra y correspondidas por otras desde buques y muelles; la presencia de hermosas mujeres, hijas de Huelva, que unían las propias bellezas a las del bellissimo aspecto que ofrecía la ría, y el número de inscripciones formadas con letras de fuego; recordando a los audaces navegantes que arrebataron un mundo a los abismos insondables del Oceano, formaban conjunto tal, que jamás se borrará de la imaginación de cuantos lo pre-

senciamos. Entrando en detalles hablaremos primero de la iluminación del soberbio muelle de Rio-tinto, celebrada por todos, no solo por la elegancia, si cabe la frase, que presidiera en toda ella, sino por la esplendidez que se ofrecia. Más de 25.000 luces habian sido distribuidas en los tres pisos de que consta el hermoso muelle, combinados artisticamente los colores y dispuesto todo en armonia con el mejor gusto. Con frecuencia se disparaban cohetes y bombas luminosas y, como antes decimos, todo agradó mucho y fue muy ensalzado. Sobre los railes del muelle circulaban trenes llenos de elegantes señoritas que sostuvieron empeñada batalla de bombas y luces con algunos buques. Uno de estos, el austriaco "Aurora", se mantuvo hasta tarde pero al fin se rindió. Los fuegos del "Aurora" fueron apagados por aquellas bellisimas damas del muelle de Rio—Tinto, y por cierto que en los brazos de algunas de ellas creyeron varios espectadores ver cintas negras con esta inscripción: "Aurora".

Merecen tambien mención especialisima los buques extranjeros surtos en la ria que han derrochado el dinero para honrar de este modo a España. Todos ellos estaban iluminados. no quedando en ninguno el sitio mas pequeño para colocar un farolillo mas; todo habia sido aprovechado y las combinaciones de luces eran primorosas.

Al quemarse los fuegos artificiales, colocados al efecto en la explanada frente a la calle Odiel, desde los buques se encendieron también otros y frecuentemente aparecían inscripciones en honor de Huelva y para España y los descubridores del Nuevo Mundo. En los fuegos de tierra también aparecieron inscripciones y artísticas alegorías. La calle Odiel estaba iluminada por arcos de luces de gas. En los muelles de madera y de hierro de las Obras del Puerto, y en los pasos inmediatos, la iluminación de infinito número de farolitos de vidrio de colores formaban caprichosos dibujos de un gusto admirable. Toda la iluminación de Obras del Puerto, que era muy extensa, se hallaba así formada y era de un efecto sorprendente. La Junta había invitado a numerosa y escogida sociedad a presenciar la fiesta desde la plataforma del Muelle de hierro. Piñas de farolillos pendían de largos mástiles, unidos por cuerdas con luces, y además varios focos eléctricos animaban el conjunto reflejando unos y otros el ingenio artístico y los positivos adelantos de la ciencia moderna.

La Caseta del Club de regatas estaba iluminada con mucho gusto y los botes recorrían la ría adornados con luces de colores. Varios buques mercantes se habían así mismo iluminado y al extremo se presentaba el bonito Muelle de Tharsis que recorrían trenes iluminados y al final del que, en

la explanada de carga y descarga, se había improvisado un hermoso cenador de estilo árabe iluminado por diminutos faroles.

Los barcos ingleses ostentaron preciosa iluminación, El "Sout", en el que se bailó, estaba iluminado con luz eléctrica teniendo en el puente una combinación de luces con las dos CC (Cristóbal Colón) y en torno el lema conocido: "A Castilla y a León nuevo mundo dió Colón". Al ir a apagar aquella, las dos "Vedettes" de dicha nación hicieron converger las luces de sus focos en el escudo de la Bandera española que pendía de los palos y que era la única que ostentaba el barco y en tanto se tocaba la Marcha Real y descendía el pabellón de oro y rojo, se dispararon veintiún cañonazos, tres cohetes y tres morteros.

Fácilmente se comprenderá por lo expuesto que cuanto se diga alabando a la iluminación ha de ser pálido ante la realidad, y los elogios que se tributen a los que en la organización y fiestas han tomado parte nos han de parecer muy justos".

II

El lunes diez de octubre de 1892, S. M. la Reina doña Maria Cristina, honró a Huelva con su presencia, realzando las fiestas conmemorativas del descubrimiento de América. Al mediodía, numerosas embarcaciones empavesadas y repletas de un público estusiasnado, se dirigieron a la Barra; otras quedaron en el Muelle esperando la llegada de la Reina. El Presidente del Consejo de Ministros, don Antonio Cánovas del Castillo, acompañado de su señora y de la señorita Sundheim, embarcó en el buque "Legazpi", que le recibió con las salvas de ordenanza. En el mismo transporte de guerra, embarcaron el Cuerpo diplomático, los congresistas extranjeros, el señor Arzobispo de Sevilla, la Diputación Provincial, el Ayutamiento, representación del Clero de Granada, tres franciscanos, una comision de la Sociedad Colombina Onubense, el Gobernador Civil de Huelva y otras personalidades. Al llegar a la Rábida, desembarcaron las Autoridades onubenses, el señor Arzobispo de Sevilla y otras personas; el resto de la comitiva, continuó viaje en el "Legazpi" hasta la Barra. Cerca de la "nao" "Santa Maria", una escolta de vapores, entre ellos el "Piélagó", saludó al buque de guerra con la Marcha Real interpretada por varias bandas de músicas, que estaban a bordo.

El "Conde de Venadito", buque en el que navegaba la Reina, fué saludado por los buques de gran calado, españoles y extranjeros, con los "hurras" de los marinos en las vergas, el acorde de la Marcha Real y el estampido de los cañones. A las tres y cinco minutos entraba el buque real en la Barra. El "Legazpi" saludó al pabellón real, disparando veintium cañonazos y a los acordes del Himno nacional interpretado por la Banda de Infantería de Marina de Cartagena. La tripulación vitoreó a la Reina; todos la aclamaron; el Cuerpo diplomático, de gran gala, la saludó agitando los sombreros. A los costados del "Conde de Venadito", se colocaron los buques "Legazpi" y "Isla de Cuba". La "nao", lo saludó disparando sus falconetes; el "Piélagos" con los "hurras" de su tripulación y las notas del Himno nacional; el público en general, desde las demás embarcaciones, vitoreandola entusiastamente. Con el buque real, entraron en la ría mas de catorce buques españoles y extranjeros y numerosas embarcaciones mas menores.

A las cuatro de la tarde desembarcó la Reina en una falúa que ostentaba el Estandarte Real. El momento fué hermoso e indescriptible. La Reina, con sus augustos hijos, se dirigió al Monasterio de la Rábida en el que oró largamente. Oficiado por el señor Arzobispo de Sevilla, se cantó un so-

lemne Te Deum. A las cinco y diez minutos volvió la Reina a bordo, con sus hijos; el Rey iba delante de su augusta Madre, escoltados por dos guardias marinas jóvenes con los sables desenvainados. Otros dos guardias marinas daban escolta a la Princesa de Asturias y a la Infanta Maria Teresa. La familia real volvió a bordo del "Conde de Venedito", en la misma falúa, acompañada por los señores Cánovas, Berenguer y Maimo, comandante de la Marina de Huelva, y el Comandante del buque don Emilio Diaz Moréu. Se repitieron los "hurra", los vitores y las aclamaciones.

A las seis menos cuartos, el "Conde de Venedito" estaba frente al Muelle de Obras Publicas, en donde fondeó. Millares de personas aclamaron a las reales personas; las baterías de la Plaza no hicieron las salvas de reglamento, porque la hora de entrada del buque fué exactamente a la puesta del Sol. La Reina pasó la noche a bordo del buque, para hacer su entrada en la Ciudad en la mañana del día 11.

Era fantástica la iluminación que ofrecía el Puerto de Huelva, durante la celebración de las fiestas; en particular el Muelle de Rio-Tinto, se ofrecía como una inmensa ascua de oro, más de veinte mil luces, distribuidas a lo largo de sus dos pisos, dábanle un aspecto deslumbrador. A las ocho de la noche, en un tren que recorrió los dos

pisos, pudo el señor Cánovas contemplar el bellísimo aspecto de la iluminación de la zona portuaria. Con arcos de luces, estaban iluminados el Muelle de Obras Públicas, la calle Odiel y el Pabellón del Muelle de Tharsis, que se recortaba sobre la negrura de la ría y el cielo. El "Conde de Venadito" también estaba iluminado, y poco después de las ocho de la noche, se acercaron a su costado numerosas lanchas, en una de las cuales iba una rondalla de guitarristas que ofreció a la Reina una simpática serenata. Aquella noche Huelva vivió horas de verdadero entusiasmo. Toda la ciudad estaba engalanada e iluminada.

La mañana del once de octubre, sorprendió a la población en pleno apoteosis de animación. Las calles más céntricas estaban materialmente atestadas de público y en el Muelle se congregó una inmensa muchedumbre en espera del desembarco de la Reina. Huelva celebraba dignamente la fiesta conmemorativa y se unió, por unos días, al esplendor de la Corte de España.

El desembarco de la Reina.

A las diez y media de la mañana, una salva de veintiun cañonazos anunció que S. M. la Reina entraba en la población. En un tren especial, dis-

puesto por la Junta de Obras del Puerto, llegó la ilustre dama hasta la entrada del Muelle, donde un Batallón de Pavia, con bandera y música, y una Sección de Victoria, rindieron los honores reglamentarios. En los carruajes dispuestos al efecto, tomaron asiento. S. M. la Reina, acompañada de sus damas Duquesa de Bailén y Condesa de Sástago; en otros se acomodaron el Mayordomo Mayor de Palacio señor Duque de Medina Sidonia, el Marqués de Casa Irujo, el Gobernador Civil, Alcalde y otras personalidades. Al pasar la regia comitiva frente al campamento de Infantería de Marina, se le rindieron a la Reina los honores de ordenanzas. En la calle Almirante Hernández Pinzón, la afluencia de público era tan enorme, que difícilmente podía abrirse paso el coche real. De los balcones arrojaban palomas y flores; resonaban los vítores a la Reina; esta saludaba continuamente a su pueblo; en la Placeta la circulación se hizo aún más difícil; al pasar el coche real bajo un arco de triunfo levantado allí, la ovación fué ensordecedora y el cielo se pobló de palomas en libertad y de flores recién cortadas.

En la Iglesia de la Concepción, esperaba a la comitiva el Clero, bajo palio con el señor Arzobispo de Sevilla. S. M. bajó del coche y entró en la Iglesia escoltada por dos guardias marinas con los sables desenvainados. Recorrió el templo, oró

durante un breve rato, y volvió al carruaje con su escolta. La comitiva regresó al Muelle y la Reina pasó de nuevo a bordo del "Conde de Venadito". A la una y media de la tarde, desembarcaron otra vez, la Reina, el Rey niño, y la Princesa de Asturias y la Infanta María Luisa. Esta comitiva recorrió las calles Almirante Hernandez Pinzón, Sagasta, Tetuán, Cánovas, San José y Vega Larga hasta la Plaza de la Merced. En la puerta de la Diputación Provincial, rindieron honores las tropas de la guarnición, y la Corporación recibió a S. M. bajo mazas. La Reina mudó de traje, y lució en la recepción oficial, uno elegantísimo de gris claro, con adornos oscuros, y cibió la real diadema.

La recepción oficial.

En el salon de actos, S. M. ocupó el Trono, teniendo a la derecha al Rey niño y a la izquierda a la Princesa de Asturias y a la Infanta María Teresa. La servidumbre de Palacio, se colocó detrás de la familia real. Rodeando a los Reyes, se situaron los señores Cánovas, Berenguer, Duque de Tetuán, Arzobispos de Sevilla, Badajoz y Lugo, y el introductor de embajadores señor Zarco del Valle, que fué presentando a las Corporaciones. Entre estas figuraban individuos del Congreso Americanista,

el Cuerpo diplomático, el Cuevo consular acreditado en Huelva, representaciones de los Ayuntamientos de Génova, Madrid, Trujillo, Medellín y Loboá, el Almirante norteamericano Luce, representaciones de todas las escuadras, extranjeras, personalidades de Huelva y otros asistentes. La recepción resultó brillantísima.

La procesión cívica.

Por la tarde se celebró la procesión cívica. Su organización respondía al objeto de presentar a la Reina una muestra de los productos de la Provincia de Huelva. El orden de esta manifestación fué el siguiente:

Abria marcha un piquete de la Guardia Civil a caballo; seguian heraldos ataviados a la usanza de la época de los Reyes Católicos; trompetas y timbales; Carrozas de vinicultura, agricultura, minería, con estandartes y banderas; comisiones de los pueblos de Huelva; comisiones de los municipios de Medellín, Loboá, y Trujillo; Ayuntamiento de Huelva; Junta del Centenario; comisionados de los Ayuntamientos de Madrid y Génova; y público en general. La manifestación se organizó en la Avenida de Gibraleón, y recorrió las calles Vega larga, San José, Cánovas, Tetuan, Concepción, Palacios, Señas, Sevilla y Odiel.

La carroza que representaba la riqueza vitícola y vinícola, iba tirada por bueyes cubiertos de vistosas mantas y con los cuernos dorados; la carroza de la riqueza agrícola, por bueyes que lucían mantillas de raso blanco, con aliterrelieves y una inscripción que decía: "Viva la Virgen del Rocio"; la carroza de la minería, llevaba una colosal figura de Plutón, inclinada sobre una esfera terrestre a la que abría con sus manos gigantescas, descansando sobre una gruta con techo de estalactitas que cubría una vagoneta de mineral y luciendo en sus hendiduras útiles de laboratorios y de probetas experimentación. Terminaba la carroza su alegoría con diversos modelos de candiles mineros, una reproducción de "la certa" o trabajo al aire libre, y perforadoras y maquinarias de minería; las cuatro ruedas de esta carroza, simulaban rodela con cabezas de Medusa; boceles y otros adornos y molduras imitando bronce o hierro. En cada uno de los lados de la carroza, se destacaba una serpiente, verdadero alarde de atrevimiento y habilidad.

La familia real presenció la manifestación desde una tribuna construida en la Plaza de la Merced, a las puertas del Palacio de la Diputación Provincial.

La fiesta en el Hotel Colón.

S. M. la Reina, obsequió a los representantes extranjeros, con una hermosa fiesta, celebrada en el Hotel Colón. Los jardines, la fuente y el bosque de palmeras se encontraban profusamente iluminados a la veneciana; tres bandas de música, distribuidas en los jardines, interpretaron un concierto permanente; en unos mastiles, altísimos, ondeaban las banderas de todas las naciones allí representadas; la magnificencia de la Corte, resaltaba en el salón de fiestas.

A las diez y media, el Himno Nacional interpretado por todas las bandas, anunció la llegada de la familia Real; en la escalinata del Pabellón Sur, esperaban a la Reina, sus ministros de gran uniforme, representantes del Cuerpo diplomático de gran gala, senadores y diputados. S. M. vestía severo traje negro y lucía un hermoso collar de perlas; sobre su frente brillaba la diadema real, cuajada de perlas y de brillantes. La Reina recibió el acatamiento de los asistentes en el salón de fiestas, y abierto el "buffet" se sirvió a los invitados un té; el salón comedor presentaba el aspecto de las grandes fiestas palatinas; asistieron más de seiscientas personas; terminada la cena se organizó un baile de gran gala con asistencia de S. M. la Reina.

Inauguración del monumento a Colón

A las once y media de la mañana del día doce, el "Conde de Venadito", zarpó rumbo a la Rábida, llevando a bordo a la familia Real. Numerosas embarcaciones menores hacían escolta al buque y otras esperaban en el desembarcadero del Monasterio la llegada de S. M. La travesía duró una hora; al atracar en el Muelle de la Rábida el "Conde de Venadito", le rodearon catorce buques de guerra, españoles y extranjeros; una hora después desembarcaba la Reina, rindiéndole los buques y, la "nao" Santa María, los honores de ordenanza a cuyas salvas contestaron las baterías situadas en la explanada del Monasterio.

En la capilla del convento se cantó un "Tedeum", oficiando de pontifical el señor Arzobispo de Sevilla. Terminada esta ceremonia religiosa, la familia real y su comitiva se dirigieron a una tribuna levantada frente al monumento conmemorativo del IV Centenario del Descubrimiento de América; el autor de este proyecto había sido el señor Velazquez. Una vez que tomó asiento la familia real, y con la venia de la Reina, pronunció un elocuente discurso el Señor Arzobispo de Lugo, enumerando a grandes rasgos las glorias españolas. A continuación habló el señor Sanchez Mora, recordando con emocionados párrafos la gesta gloriosa

del descubrimiento. Una vez terminada la ceremonia de la bendición del monumento por el señor Arzobispo de Sevilla, la familia real se trasladó al Monasterio para descansar. Las baterías situadas en la Rábida, saludaron la bendición del monumento con una salva.

La Reina descansó en unas estancias expresamente adornadas, con artesonados y mobiliario, que imitaban a los que se usaban en la época de los Reyes Católicos. Después de un breve descanso, la Reina firmó varios decretos, que le fueron sometidos a consideración por el Presidente del Consejo de Ministros: Indulto de varias penas de muerte; indulto general; otro que decía textualmente: "Para conmemorar el IV Centenario del descubrimiento de América, de acuerdo con el Comisario General de la Orden de San Francisco en España, y oídos los Ministerios de Estado y Ultramar, y la Diputación de Huelva, se fundará con la brevedad posible un colegio para misiones fuera de España, en el Convento de Santa María de la Rábida que pertenece a dicha orden por muchos siglos", otro: "Artículo unico. Se autoriza al Gobierno para presentar a las Cortes, en su reunión próxima, un proyecto de Ley para declarar perpetuamente Fiesta Nacional el día 12 de octubre, en conmemoración del descubrimiento de América. Dado en Santa María de la Rábida el día 12 de

octubre de 1892"; se concede la Cruz del Merito Naval con distintivo blanco a don Ricardo Velazquez y Bosco, por los excelentes servicios prestados en la conmemoración del IV centenario del descubrimiento de América; concediendo honores de Jefe Superior de Administración a don Luis Molini; nombrando Caballero de la Insigne Orden del Toisón de Oro, a don Cristóbal Colón de la Cerda, Marqués de Jamaica, Duque de Veragua; concediendo el título de Excelencia al Ayuntamiento de Trujillo, patria de Pizarro; el mismo honor a los Ayuntamientos de Jerez de los Caballeros y Medellín, patrias de Nuñez de Balboa y Hernán Cortes.

Terminadas las ceremonias en el Monasterio de la Rábida, la familia real visitó Palos y Moguer. El día 13, honraron nuestra Plaza de Toros, asistiendo a una corrida en la que alternaron Reverte y Litri, que estoquearon reses de Perez de la Concha. La fiesta nacional, no podía faltar en la conmemoración de la más nacional de nuestras glorias patrias. Huelva, aportó a la solemnidad su entusiasmo, su amor a la Reina, su ambiente incomparable, su ría preciosa, su Monasterio sacrosanto... todo; para que no faltara nada, en la corrida de toros, se jugó la vida un torero de Huelva. Así somos los de acá, como diría un norteño.

EL VUELO DEL PLUS ULTRA

Desde Palos a Buenos - Aires

LOS días 21 y 22 enero de 1926, fueron para Huelva— y con ella para España entera— de una intensa emoción patriótica. España, hecha alas y corazón de aguilas, se elevaba por encima de los mares y de las montañas, orgullosa de que el descubrimiento volviera a repetirse, para mayor gloria del solar matriz. Colón y los navegantes que lo acompañaron desde el Tinto hasta el Nuevo Mundo, con rumbos desconocidos, habían resu-

citado de las apolilladas hojas de la Historia del Mundo, y hechos carne y voces de Icaro, redondeaban la vieja singladura marinera haciendo curva que con un extremo en Palos y otro en América, se acerca al Sol, que en este caso no derritió las alas de los aero-navegantes Ramón Franco, Ruiz de Alda, Durán y Rada; al airoso "Plus Ultra", lo bautizó el inolvidable don Manuel Siurot, con el nombre romántico y evocador de "La Santa María del Aire".

El día 21, visperas del vuelo, se celebró en la Sala de Capitulo de la Sociedad Colombina Onubense, un acto en el que se hizo entrega a los aviadores de una hermosa copa de oro, que unida a un mensaje de España, constituía el presente que el "Plus Ultra" llevaba al Presidente Alvear de la República Argentina. Hicieron uso de la palabra, el representante de "La Nación" de Buenos Aires y el Presidente de la Real Sociedad Colombina don José Marchena Colombo, al que Huelva recordará siempre como infatigable paladin del ideal iberoamericano. Llegaron a nuestra ciudad, en esta memorable ocasión, ilustres personalidades, periodistas de los más importantes rotativos, y escritores y pelicularos.

A primera hora de la tarde se celebró en el Circulo Mercantil un banquete popular, organizado por el Ayuntamiento en honor de las personalida-

des que honraban Huelva con su asistencia a los actos y que fueron considerados como huéspedes de honor. El acto resultó muy severo y de una distinguida solemnidad. En la presidencia tomaron asiento el infante don Alonso, que tenía a su derecha al Comandante Franco, Gobernador Civil, señor Andrade Chinchilla, Alcalde señor Quintero Baez, Gobernador Militar señor Gonzalo, Alferez de Navio señor Duran, Presidente de la Audiencia señor Lozano, y Presidente de la Real Sociedad Colombina, señor Marchena Colombo.

A la izquierda se encontraban el Jefe de Aviación señor Soriano, que fue portador de un mensaje de S. M. el Rey para los aviadores, Capitan Ruiz de Alda, Presidente accidental de la Diputación Provincial señor Mascarós Villalonga, Fiscal de S. M. señor Rodriguez, Comandante de Marina señor De Flores, y Jefe del Primer Regimiento de Aviación Coronel Lombarte. Sobre la mesa presidencial se había dibujado con flores un hidroplano gigante. De toda España llegaban telegramas y mensajes. Durante la comida, interpretó música selecta el sexteto que dirigía el Maestro Jurado. Después de la comida hicieron uso de la palabra don Juan Quintero Baez, don Manuel Sirot, don José Marchena Colombo, el General Soriano, en nombre del arma de Aviación, y, por último, el Cav. Zappelloni, representante de la Pilota-Aviatore Italiana.

Se vitoreó a España con entusiasmo.

En este día llegaron a nuestra ciudad varias escuadrillas de aviones nacionales. Por la noche, en los salones del Circulo Mercantil, se celebró un baile en honor de los oficiales aviadores que eran huéspedes de Huelva. A las cuatro de la tarde llegaron a Palos los heróicos aviadores. El histórico pueblo presentaba un aspecto magnifico. Hubo bailes populares y otros regocijos públicos. La noche fue realmente hermosa y evocadora. Nadie durmió en la ciudad y el avión fue velado por la multitud a la luz de grandes hogueras, como siglos antes se velaron las carabelas "Pinta", "Niña" y "Santa Maria".

El vuelo.

A las siete de la mañana funcionaron los motores del "Plus Ultra", y un silencio impresionante dejó sentir un peso sobre Palos. La luz de la amanecida reflejada en las aguas del Tinto, recordaba reflejos de glorias. El hidro, magestuoso, se elevó sobre la Rábida, y después de girar alrededor del monumento conmemorativo del IV Centenario del Descubrimiento, se perdió en el espacio, Huelva, hecha carne y corazón en la Punta del Cebo, permaneció muda; rodando lágrimas y en un aliento confundido, se forjaron alas de templado

acero con las que hacer realidad el sublime afán de cabalgar por los aires, a través del Oceano, y acompañar a los cuatro caballeros románticos que volaban hacia América, hijos de la España galante, heroica e inmortal.

Día 11 de febrero.

A las tres de la tarde se recibió en Huelva la noticia del feliz arribo de los tripulantes del "Plus Ultra", a Buenos Aires. Desde el balcón principal de la redacción de "La Provincia", instalada en la calle Palacios, fueron disparadas bombas de artificio, a cuyos estampidos sucedieron los de las lanzadas desde el Circulo Mercantil. De él salió una comisión muy nutrida, que se dirigió a la casa del señor Marchena Colombo. Este, ante los aplausos de los comisionados, hizo aparecer en sus balcones las banderas de todas las Repúblicas americanas; la multitud se apoderó de estas banderas y, con el señor Marchena al frente, se dirigió a las Casas Capitulares. Momentos después la manifestación habia sido engrosada por el pueblo en masa, y se dirigieron al Gobierno Civil vitoreando a España, a los países iberoamericanos, y a los aviadores del "Plus Ultra". Desde el Gobierno Civil, los manifestantes presididos por el Gobernador Civil y demás autoridades, y con la

Banda Municipal a la cabeza, continuaron por las calles Joaquin Costa, Primo de Rivera, Alfonso XII, Santa María, hasta la Plaza de Isabel la Católica, en la que fueron recibidos, con un jubiloso repique de campanas, en la capilla de las Hermanas de la Cruz. En esta plaza la manifestación hizo alto y el Gobernador Civil vitoreó a la Reina Católica, a cuyos vitores contestaron los manifestantes enervorizados. En la calle Colón, la manifestación se detuvo frente al rótulo que da nombre a la calle; fue enmarcado por las banderas de Argentina, de España y de Huelva; la Banda Municipal interpretó la Marcha Real, que el público escuchó descubierto y respetuosamente silencioso. El Señor Gobernador, Andrade Chinchilla, suplicó un minuto de silencio por la memoria del gran Almirante; así se hizo y millares de personas quedaron en un mutismo absoluto. El silencio fué roto por los atronadores aplausos y vitores entusiasta a los que se mezclaba el repicar de las campanas de la Iglesia de San Francisco. A continuación los manifestantes se detuvieron sucesivamente frente a la casa de don Manuel Siurot, y a la del Viceconsul de la Argentina, pasando despues bajo el arco de triunfo levantado por la Agrupacion Artistica "Alvarez Quintero". Al llegar al muelle, la manifestación hizo alto ante el sitio donde había estado amarado el "Plus Ultra ". vitoreándose el avión y

sus tripulantes hasta enronquecer. Al pasar la manifestación por el Circulo Comercial, que aparecia artisticamente engalanado, dejose oír una sirena instalada en sus balcones repitiendose los vitores a España y a Huelva. Al reintegrarse a su Parroquia el Arcipreste don Pedro Roman Clavero, que tambien iba en la manifestacion, fue cariñosamente aclamado. Los manifestantes se disolvieron en la Plaza de las Monjas, donde se pronunciaron discursos plenos de patriotismo y de amor a las Republicas Americanas. Don Jose Marchena Colombo fue llevado a hombro desde la Plaza de las Monjas hasta el Circulo Mercantil, seguido de una multitud que no cesaba de aclamarle.

A la caída de la tarde se recibió en Huelva la noticia de la cogida en Malaga del torero onubense Manuel Baez "Litri". El público acusó el golpe doloroso, pero no creyó nunca que seria el final de una carrera artistica tan brillante.

Aquella noche, todos los edificios públicos y muchos particulares, lucieron iluminaciones artisticas.

5 de Abril

Huelva se había vestido de gala para recibir a los aviadores del "Plus Ultra", después de su magnifico vuelo desde Palos a la Argentina. Por todas

partes banderas, colgaduras y flores; en el Muelle se había levantado un arco monumental, por la Junta de Obras del Puerto, y dos grandes columnas rematadas por aguilas gigantes que abrazaban con sus garras el escudo de España. El Ayuntamiento levantó otro arco en la entrada de la calle Concepción.

El día amaneció espléndido como si el cielo se hubiese querido asociar a la fiesta preparada por el pueblo de Huelva; los onubenses vibraban, desde días anteriores, de emoción y entusiasmo. Millares de personas de la provincia y de casi toda España, aguardaron en vela toda una noche, solo por estar presentes en el amanecer de este día cinco de abril que iba a ser histórico. Media hora antes de la llegada del tren real a la estación de M.Z.A., acudieron a los andenes los Gobernadores Civil y Militar, el señor Alcalde, Ayuntamiento en pleno, la Real Sociedad Colombina, el Infante don Carlos de Borbon, el Cardenal Ilundaim Arzobispo de Sevilla, elemento oficial y representaciones de entidades y corporaciones particulares. En los alrededores de la Estación se había congregado un gentío inmenso, que esperaba la llegada del Rey y su séquito. Una Compañía del Regimiento de Soria, con bandera y música, estaba formada en el orden para rendir los honores correspondientes. Por doquier, la estación ferroviaria

estaba adornada con guirnaldas y gallardetes de los colores nacionales. El Almirante portugués señor Gago Cotihno, representaba a la nación vecina.

Minutos antes de las nueve de la mañana hizo su entrada en la Estación el tren real. Al aparecer don Alfonso en una de las ventanillas del tren, estalló una ruidosa ovación. El Infante don Carlos, el Cardenal Ilundain y el Almirante Gago Cotihno se adelantaron para cumplimentar al Monarca. Este vestía uniforme de Almirante de la Armada. El Alcalde señor Quintero Baez dió la bienvenida al Rey, en nombre de la ciudad. El tren real lo componían seis unidades. Acompañaban a don Alfonso desde Madrid, el Ministro de Marina señor Cornejo, que representaba al Gobierno, ya que el Marqués de Estella no podía asistir por encontrarse indispuerto; los Embajadores de la Argentina y Estados Unidos; el Ministro de Cuba; el Marqués de Viana; los señores Aznar y Vega Inclan; los periodistas madrileños señores Luca de Tena, Delgado Barreto y Esteban Collantes; el Presidente del Consejo de la Economía Nacional señor Castedo; y numerosos periodistas de Sevilla. El día anterior habían llegado a esta capital el periodista portugués César, Redactor-Jefe del "Diario de Noticias" de Lisboa, y el redactor de "El Sol" señor Rodríguez de León. También llegaron ocho

hidroplanos de las bases de Barcelona y Melilla y varios aviones portugueses de la base de Lisboa.

A medida que avanzaba la mañana subía el entusiasmo; por momento aumentaba el gentío y sonaban más fuertes y continuos los vítores. Después de las presentaciones de rigor, el Rey don Alfonso XIII abandonó la Estación, ocupando un automóvil en unión del Alcalde señor Quintero Baez, y recorrió la carretera Odiel, calle Rábida, Primo de Rivera, Joaquín Costa, Concepción, Sagasta y Almirante Hernández Pinzón, hasta el Muelle, que presentaba un aspecto magnífico, que agradó, verdadera y sinceramente, al Monarca. Todas las embarcaciones estaban engalanadas; por todas partes el gentío se apiñaba hasta en los lugares más inverosímiles esperando la llegada de S. M. y de los aviadores; los barcos de guerra estaban profusamente adornados con banderas; en el paseo del Muelle ondeaban gallardetes con los colores españoles y argentinos. Al aparecer don Alfonso en el paseo central, la muchedumbre le vitoreó y aplaudió enervorizada. Los buques de guerra surtos en el Puerto hicieron las salvas de ordenanzas, y varios hidros evolucionaron por encima del "Cataluña". El momento fué emocionante. Don Alfonso embarcó en una gasolinera de este último buque, que ostentaba el pendón morado de Castilla, y se dirigió al crucero.

En las evoluciones de los hidros sobre el "Cataluña", uno de ellos sufrió averías y se destrozó sobre el agua, siendo salvados sus tripulantes. En el muelle, y a consecuencia de la aglomeración de público, se rompió una de las barandillas y resultaron dos individuos lesionados.

A las siete de la mañana el vigía de la Barra dió la primera señal de haber sido visto el buque argentino "Buenos Aires", en el que venían los aviadores españoles; además de este buque, venía una flotilla de escolta desde América. A las diez y diez minutos de la mañana entró en la ría de Huelva; en el gentío hubo un murmullo de expectación; en todos los rostros se señalaba la emoción del momento; desde tierra se dispararon numerosos cohetes y todos los buques surtos en la ría dispararon sus cañones.

El público agitaba pañuelos y banderitas argentinas y españolas, y todas las miradas se hallaban fijadas en la ría por la que magestuosamente se adelantaba el crucero argentino que devolvía a la Patria a los que arriesgaron sus vidas para conseguir más gloria en las páginas de la Historia de España. Detrás del "Buenos Aires", entró en la ría el "Blas de Lezo", y a poca distancia cinco submarinos que salieron al encuentro del buque argentino. Desde el muelle se divisaba en el puente del "Buenos Aires" al Comandante del mismo y a los

aviadores Franco, Ruiz de Alda y Duran. El buque traía banderas de la Argentina y de España. Cuando se enfrentó con el "Cataluña" los momentos fueron de gran ansiedad. Desde uno de los remolcadores de la Junta de Obras del Puerto se arrojaron multitud de palomas que volaron con dirección al "Buenos Aires", mientras caían sobre el agua de la ría infinidad de rosas. Sobre cubierta se destacaban los brillantes uniformes de la marinería argentina. Cuando los dos cruceros estaban frente a frente el silencio era impresionante; los buques prepararon las baterías para las salvas de ordenanza; las embarcaciones que llenaban la ría prepararon sus sirenas; al llegar el momento indicado, y como obedeciendo a una señal convenida, todas las baterías de los buques dispararon, las sirenas silbaron, y el público prorrumpió en vitores y aclamaciones. El griterío se hizo ensordecedor, entremezclándose las salvas con el sonar de los cañones, con el silbar de las sirenas, y las aclamaciones de entusiasmo del gentío congregado en los muelles. El momento fue indescriptible. Era las diez y veinte minutos de la mañana.

A continuación el "Buenos Aires" desfiló ante el "Cataluña" y el "Blas de Lezo". Marchó luego al lugar señalado para su fondeadero, y hasta que llegó a él hubo unos minutos de silencio, que se rompió de nuevo en mayor amplitud si cabe que

antes. Minutos despues de fondear el "Buenos Aires", llegaron los submarinos "B-2", "B-6", "B-4", "B-1" y "B-5". Las tripulaciones formaban sobre cubierta. Cerca del "Cataluña" fondearon el "Blas de Lezo", "Lazaga", "Delfin", "Vasco Nuñez de Balboa" y "Doña Maria de Molina". El torpedero "19" fondeó al costado del "Cataluña". A las diez y veinte desfilaron por el aire, en perfecta formación, diez y ocho aeroplanos de la base de Tablada que a baja altura evolucionaron sobre los buques de guerra. Un cohete anunció a la ciudad que los aviadores del "Plus Ultra" iba a pasar a bordo del "Cataluña".

Una ovacion formidable, hurras, vitores, la ronca voz de las sirenas, y las caracolas de los pesqueros, pregonaron al aire el momento en que los aviadores abandonaron el buque argentino para pasar al español. El elemento oficial y diplomático que estaba a bordo del "Cataluña", avanzó a la escalerilla para recibir a los aviadores. Ganó primeramente la escala del buque el Ayudante Naval Argentino, despues el Comandante Franco, Ruiz de Alda; el marino Duran, un militar argentino y por último Rada. Don Alfonso esperaba en la cámara del "Cataluña". Al saltar a bordo recibió a los aviadores el Infante don Carlos y el Ministro de Marina; autoridades y pilotos se abrazaron con emoción.

El elemento oficial quedó replegado sobre cubierta mientras los aviadores pasaban a la cámara regia; el Rey conversó con ellos durante veinte minutos. A esta conferencia no asistieron los periodistas. Un cañonazo anunció que la recepción había terminado y que el "Lazaga" iba a poner proa a la Rabida. El General Franco, hoy jefe del Estado, y su hermano don Nicolás, acompañados de sus respectivas esposas, presenciaron la llegada del "Buenos Aires", a bordo del "Jaime I". El Rey saludó en la estación al aviador portugués Gago Continho. Al ver a los hermanos Franco, se acercó a Nicolás y le dijo:

—Ya sois dos héroes. A ver que haces tu ahora.

A las doce menos cuarto el cañonero "Lazaga" que conducía al Rey y a su séquito, puso proa a la Rabida. Escoltaban al buque el "Vasco Nuñez de Balboa", el "Doña María de Molina", y dos cañoneros, además de numerosas embarcaciones menores. A las doce y un minuto las caracolas de las embarcaciones de pesca que estaban ancladas a lo largo del estero de Palos, anunciaron que el buque se acercaba a la Rabida. Momentos después el cañonero "Lazaga", izando en el palo mayor el Pendón morado de Castilla, dobló la Punta del Cebo, enfilando el estero de Domingo Rubio, seguido

de buques de guerra y otras embarcaciones; sonaron las sirenas y cruzaron por el aire cohetes. Una gasolinera del "Cataluña", que al mando de un oficial se hallaba anclada en el muelle de la Rabida, salio al encuentro del "Lazaga" que poco despues ancló en la entrada de la ría. El Rey y su séquito embarcaron en la gasolinera y esta les llevó al embarcadero. El muelle de la Rabida estaba engalanado con banderas de España y de la Argentina. Esperaban a S.M. el Comandante de Marina, las Autoridades de Huelva y el Alcalde de Palos don Manuel Garcia, quien dio al Rey la bienvenida en nombre de la histórica ciudad. El Rey fue cumplimentado despues por las autoridades, y mas tarde se trasladó a Palos en automóvil. Con S.M. desembarcaron en el muelle de la Rabida el Infante don Carlos, el Marques de Viana, el Ministro de Marina, el Comandante del "Buenos Aires" Capitan de Fragata don Americo Fincati, los Alfereces de este crucero don Rafael Bronomberg y don Julio Yriborno, el Almirante portugués Gago Continho, varios ayrdantes y palatinos. Don Alfonso cuando recorria la roja alfombra del muelle, recuerdo haber pasado por el mismo sitio el año 1892 cuando asistió con la Reina Madre a los actos conmemorativos del IV Centenario del Descubrimiento de America. "Entonces —dijo— subimos la cuesta a pie. Despues de

eso he estado otra vez en Huelva; pero no llegue aquí. Esto es muy bonito". Preguntó al Alcalde de Palos que era la hermosa finca que se veía frente a la Rabida y se le informó que era la Fábrica de Salazones de los señores Tejero.

A los frailes de la Rábida el Rey hizo varias preguntas que fueron contestadas por el Padre Leon Vence. Minutos más tarde llegó en una gasolinera del "Lazaga" el Comandante Franco, que fue largamente ovacionado. Al saltar a tierra abrazó a su hermano el heróico General, que había llegado en automóvil desde Huelva. Después saludó a las familias de Durán, Alda y Rada y seguidamente se entregó— así fue en realidad— a sus compañeros los aviadores militares que pugnaban por abrazarle. Le abrazaron y le alzaron y pasearon en triunfo. El momento, de cariño sincero, conmovió visiblemente al valiente piloto. Cuando pudo deshacerse de sus camaradas fue saludado por el Alcalde de Palos que le dió la bienvenida; el Comandante Franco entregó al Alcalde de Palos un sobre que contenía quinientas setenta pesetas para los niños pobres del pueblo. Este donativo procedía de una Sociedad benéfica argentina que mensualmente hacía repartos de víveres y ropa entre los niños pobres de los distintos barrios de Buenos Aires. Seguidamente marchó en automóvil a la Rábida.

La gasolinera volvió de nuevo al costado del bu-

que para recoger a los aviadores Ruiz de Alda, Durán y Rada, los cuales fueron abrazados en el muelle por sus familiares. Los representantes diplomáticos de Portugal y de las naciones iberoamericana desembarcaron igualmente y se trasladaron en automóvil a Palos. Cuando don Alfonso iba a mitad del camino entre la Rábida y Palos, ordenó al conductor de su automóvil que parase para esperar a que llegasen los tripulantes del "Plus Ultra", que habían quedado muy rezagados. El tránsito quedó cortado en la carretera no permitiendo el paso a ningún vehículo hasta tanto se pusiese en marcha el del Rey y el de los aviadores. Fuerzas de la Guardia Civil y de la Policía, estaban encargadas de cumplimentar esta orden. Las dos veces histórica ciudad de Palos se encontraba engalanada con arcos, guirnaldas, banderas y gallardetes, con las casas relucientes de blancura. La calle principal, por la que había de pasar la comitiva regia, estaba repleta de gente enervorizada. Guardia Civil de Infantería y Caballería, pugnaba inútilmente por abrir paso; al atravesar el pueblo el Rey y los aviadores, para dirigirse a la Iglesia, fueron objeto de frenéticas ovaciones y vivas; al dejar la calle principal para subir a la explanada de la Iglesia, el coche del Rey fué detenido por un Guardia Civil encargado de prohibir el paso y que no advirtió que era el coche del Monarca, y

para evitar atropellar al caballo y al jinete el conductor, demostrando una pericia extremada, dió un hábil viraje, frenó en seco, y el coche quedó sobre la acera y a un paso del público; la pericia del conductor evitó un accidente en la muchedumbre, pero no pudo evitar que alcanzara al caballo y resultara este con graves heridas.

Al entrar don Alfonso en Palos, las campanas de la Iglesia se hecharon a voleo. El débil sonido de las humildes campanitas del histórico templo apenas se oían en medio de la algarabía del pueblo que aplaudía y vitoreaba al paso de la regia comitiva. Una compañía de Carabineros rindió al Monarca los honores reglamentarios. El Cardenal Arzobispo de Sevilla, revestido de pontifical, esperaba al Rey a la entrada del Templo, inclinándose ante don Alfonso. Este y los aviadores besaron el anillo del Cardenal quien bendijo al Rey y a los pilotos. Bajo palio y a los acordes de la Marcha Real, ejecutada en el armonium de la Iglesia, entró don Alfonso en el Templo, seguido del Infante don Carlos, del Cardenal, de los Aviadores, de los marinos argentinos, embajadores de las Repúblicas Iberoamericanas, y personalidades del séquito. Después de la bendición el Cardenal estrechó la mano al Comandante Franco.

Se ofició un Te-Deum, acompañando al Cardenal los párrocos de Palos y Moguer don José L.

Díaz Gutiérrez y don José Domínguez Pavón. Durante la ceremonia don Alfonso ocupó un sillón a la derecha del altar, teniendo junto a él, y en un segundo término, al Marqués de Viana y a los tripulantes del "Plus Ultra", menos Durán que no pudo asistir a la ceremonia por averías en el automóvil que le conducía. Terminada la ceremonia, el Cardenal concedió a los asistentes doscientos días de indulgencia. Frente a la puerta de la Iglesia el ilustre pedagogo don Manuel Siurot, subido en el estribo de un automóvil, pronunció un brillante discurso de salutación al Rey. Terminó suplicando a don Alfonso, interpusiera su alta y soberana influencia dentro del Gobierno, para que fuera resuelto un problema vital para Palos: el dragado del estero de Domingo Rubio para que de nuevo pudiese ser navegado por grandes navíos. Durante el discurso el orador fue interrumpido varias veces por los aplausos del auditorio y al final fue felicitado por el Rey. A continuación el Monarca y la comitiva, se trasladaron a la Plaza Principal del pueblo, en la que se descubrió una lápida que le daba por acuerdo del Ayuntamiento el nombre de Comandante Franco. En este acto el Maestro Nacional don Vicente Romero pronunció unas palabras ofreciendo el homenaje al heroico Comandante Franco.

De nuevo en la Rabida se celebró en el patio

mudejar del Covento, una sesión de la Sociedad Colombina, en la que el Rey pronunció un trascendental discurso precedido de otro brillantísimo de don Jose Marchena Colombo. Terminado el acto colombino el Rey y su séquito se dirigieron a la Punta del Cebo, donde estaba dispuesto el almuerzo ofrecido a don Alfonso por la Junta de Obras del Puerto.

A las cinco y media de la tarde la Plaza de las Monjas ofrecia un magnifico aspecto y en ella estaba congregada toda la ciudad. Al aparecer los aviadores en la Plaza el publico enardecido los ovacionó y cercó de tal manera que necesitaron esfuerzos inauditos para atravesar la Plaza y alcanzar el templete de la Música, lugar donde se celebraron dos actos de extraordinaria simpatia. En nombre del pueblo de Huelva se impusieron a los aviadores las medallas conmemorativas del "raid", costeadas por suscripción popular. Durante la ceremonia el público no dejó de aplaudir y vitorear. Despues una comisión rodeó al mécano Pablo Rada, para ofrecerle un martillo de oro costado por los obreros de Huelva. Ofreció el martillo el consejal obrero del Ayuntamiento don Luis Caro Talamante. La idea de este obsequio a Pablo Rada fue lanzada por el querido compañero en la Prensa, ya fallecido, "Pepe de la Rábida". Pablo Rada fue llevado hasta el Ayunta-

miento a hombros de los obreros onubenses; siempre aclamado por la multitud, el mecánico navarro se trasladó al local de la Agrupación Artística "Alvarez Quintero", en la que le ofrecieron una botella de vino de la que Rada rompió el gollete con el martillo de oro; en este momento, y como bautizo del suelo con el vino derramado, dijo que "ese era el primero y último martillazo que daría con la herramienta de oro". Luego fue obsequiado en el local de los obreros del Puerto; a su paso por las calles fue aclamado y vitoreado con entusiasmo.

En el Circulo Mercantil hubo un vino de honor que resultó muy brillante; pronunciaron breves palabras el Comandante Franco y el Embajador de la República Argentina. A las seis de la tarde, y en los locales de la Alcaldía, se efectuó el acto de entregar a Ramon Franco el título de "Hijo adoptivo de Huelva". Así mismo recibió el nombramiento de Académico honorario de la Hispano Americana de Cadiz. Ambos títulos le fueron entregados por el Teniente de Alcalde señor Rey Mora. Por el señor Marchena Colombo se le hizo entrega del mensaje del Ateneo de Guipuzcoa.

El Rey visitó al atardecer el Barrio obrero "Reina Victoria", de la Compañía de Rio-Tinto, donde fue recibido por el Director de la Compañía y el representante de la misma señor Sanchez Mo-

ra. Al pie de la escalinata que da acceso al barrio se construyó una caseta artística para que don Alfonso descansara; la entrada del recinto estaba adornada con guirnaldas de flores. El Rey, al que acompañaba todo el elemento oficial, examinó los planos de las obras que tenía en proyecto la Compañía de Rio—Tinto. Desde el Barrio obrero S. M. se dirigió a las Escuelas del Sagrado Corazón de Jesús, que dirigía don Manuel Siurot. En ellas le esperaba la Duquesa de la Victoria, el Cardenal Ilundain, el Infante don Carlos y la bellísima hija de Siurot; además, concejales de los Ayuntamientos de Madrid y Málaga, que vinieron a Huelva para presenciar el regreso de los aviadores.

El Rey visitó primero el internado del que hizo grandes elogios; después visitó todas las dependencias y, con frases de cariñosa felicitación, hizo presente su satisfacción. Al abandonar las Escuelas le rindieron honores las unidades minúsculas de un Batallón infantil; el Rey hizo patente que le hacía mucha gracia la marcialidad con que desfilaron los pequeños reclutas.

Llegada la noche se celebró en el salón de actos de la Diputación Provincial, un banquete de gala en honor de don Alfonso y los aviadores. Presidió el Rey que tenía a su derecha al Embajador de la República Argentina y al Infante don Carlos;

a su izquierda se sentaron el Embajador de los Estados Unidos y el Ministro de Marina. En el salón, que estaba adornado con alegorias alusivas a la fecha que se conmemoraba, se hallaron presentes mas de ciento cincuenta comensales. Inició los brindis el Presidente de la Diputación; a continuación habló el Embajador de la República Argentina; cerró los discursos, en nombre del Gobierno, el Ministro de Marina. Terminado el banquete, el Rey y el elemento oficial marcharon al Hotel Colón para asistir al baile de gala organizado en su honor.

ACERVO EN TRES LINEAS



DIAS antes de la celebración del IV Centenario del Descubrimiento de America, llegó a Huelva el Capitán norteamericano Andreu, el que, por una apuesta con sus amigos, había hecho la travesía del Atlantico, desde Estados Unidos a Huelva, en una embarcación pequeña que solo tenía cabida para una persona. La diminuta embarcación, bautizada con el nombre de "Sapolio" fué dirigida desde la Barra al Muelle por Melchor,

un practico muy popular en nuestro puerto y de antigua familia marinera, y tan pequeña era la barquilla que tripulante y practico tenian que venir de pie y, aun así, no cabian. El vecindario demostró su simpatia por la proeza del navegante solitario, paseandolo en hombro por la capital; en la comitiva iba tambien la Banda Municipal. Al llegar al Gobierno Civil, y desde uno de los balcones, el Capitán Andreu expresó su gratitud al pueblo de Huelva; es curioso señalar que nadie se enteraba de lo que decía porque hablaba en ingles, pero era tanta la emoción que ponía en sus palabras y en sus gestos que la mayor parte del público lloraba emocionado. En todos los actos del Centenario ocupó lugar preferente el valiente Capitán.

El fonógrafo fué conocido en Huelva por el año 1895. El ingenioso invento de Edison llamó la atención de nuestro público. Fué en un local de la calle Concepción. A las audiciones asistia numeroso publico que empleaba sus ahorros en la entrada que valía una modica cantidad. El aparato fue solicitado un dia por los socios del Circulo Mercantil y, segun se desprende de las cronicas de aquel tiempo, la buena sociedad onubense pasó una noche muy agradable. "El Mequi", padre de Miguel Baez "Litri", impresionó varios cilindros

con cantes por seguirillas, que, segun cuentan, se decia como un maestro.

En esta misma época se instaló en Huelva el primer pararrayos. Un mecanico electricista belga, llamado Panfoteri, colocó en la torre de la Iglesia de la Concepción las mágicas pntas de Franklin.

Huelva celebró la entrada de siglo con festejos y diversiones organizadas por las Autoridades y por los Centros de recreo de la capital. Se reparrieron a los pobres viveres y ropas en abundancia.

S. M. el Rey don Alfonso XIII visitó la Capital en el año 1904.

En 1905 se inauguró la Plaza de Abastos del Paseo de Santa Fe, hoy Cuartel de Policia Armada y de Trafico, con una gran Exposición Onuba—extremeña, en la que se presentaron escogidos productos de Huelva y de Extremadura. El nuevo edificio estaba engalanado e iluminado con gran número de lamparas electricas. Los conciertos musicales estubieron a cargo de la Banda del Regimiento de Infanteria del Rey numero 1; asi mismo

dio un concierto el Orfeon Onubense. Era Alcalde de la ciudad don Manuel Martin Vazquez.

La Plaza de Quintero Baez, llamada antiguamente de Saltés, fue construida en el año 1906 mediante el derribo de una vieja manzana de casas que formaba dos estrechas callejas que venian a parar a la calle de la Fuente. En el centro de esta Plaza, es decir, donde ahora está la palmera, se pensó levantar un monumento a Alonso Sanchez iniciandose para ello una suscripción popular; la idea fracasó, no sabemos por que causa.

El edificio en el que está instalado los servicios de Bomberos, fue, hace ya muchos años, Capilla en la que se adoraba a la Virgen de Saltés, imagen que habia estado anteriormente en la Isla de este nombre. Despues de ser Capilla el edificio se convirtió en Colegio de Niñas que regentaba doña Francisca Carrión.

El día 4 de septiembre de 1911 Huelva fue testigo de una tragedia que impresionó profundamente a cuantos tuvieron conocimiento de ella. Millares de personas acudieron a las Marismas del Rincón

para asistir a la primera fiesta de aviación que se iba a celebrar en esta capital y para la que habían sido contratados los aviadores franceses Loigorry y Mauvai. Las malas condiciones atmosféricas impidieron a los aviadores realizar sus vuelos, pero para complacer al público que hervía de entusiasmo y de impaciencia, el mecánico Lesforestier se decidió a tripular uno de los monoplanos; el aparato se elevó iniciando una curva cerrada y entró en barrena envuelto en llamas, desde muy poca altura. La impresión fue terrible y el pánico cundió entre los expectadores. El desgraciado aviador, primer hombre que rompió el cielo azul de Huelva con un avión, fué extraído carbonizado de entre los restos del aparato. El sepelio fué una manifestación de duelo de toda la ciudad.

El 4 de febrero de 1916 se derrumbó, cuando ya estaba terminado y construido, un edificio levantado en la calle Concepción esquina a la de Alonso Mora. Ocurrió el hundimiento de madrugada por lo que no hubo que lamentar desgracias personales. El edificio era de cuatro plantas y de muy bello estilo. La calle Concepción quedó interceptada por los escombros y el lugar daba la impresión de que había sido objeto de un bombardeo.

Las Fiestas Colombinas de 1918 terminaron trágicamente. Durante la función de fuegos artificiales de la noche del día 4 de agosto, estalló inesperadamente un mortero cargado de cohetes y ocasionó la muerte de tres personas y numerosos heridos. Los alrededores de la Casa de Socorro se vieron invadidos de numeroso público que preguntaban con angustia y miedo el nombre de las víctimas.

En el año 1903 se instaló por primera vez en la Feria y Velada de Nuestra Señora de la Cinta, la Tombola a beneficio del Asilo de Ancianos desamparados. Fué su fundador el gran benefactor de dicho Centro don Francisco Gomez Ruli, con una Junta de damas y señoritas de la Capital. El primer emplazamiento se hizo frente a la calleja del Molino utilizando un puesto de paraguas rematado por una gran bandera roja y gualda. El señor Gomez Rull fue también fundador del Asilo. Aquel año se recaudaron 3318 reales; esta cantidad fue aumentando hasta alcanzar cantidades respetables de pesetas. Era costumbre de aquella época el que las señoritas en edad de ser presentadas en sociedad esperasen la Fiestas de la Cinta para vestir las galas de mujer y ellas eran las encargadas de vender las papeletas de la tómbola.

A don Francisco Gomez Rull le sucedieron don Antonio Mora Claros y su esposa; ambos dieron gran impulso a la tómbola instalándola en el templete central de la Plaza de la Merced. Al fallecer don Antonio Mora Claros, Don Pedro Garrido Ferelló, se trasladó la tómbola a los porches de la Diputación Provincial. El nuevo edificio con que hoy cuenta el Asilo, se debe en mucho a la activa labor desarrollada en pro de tan humana como cristiana causa por don Carlos Clares Cuñales.

En el año 1920 se produjo una huelga en la Compañía de Rio Tinto que afectó a todos los departamentos. Millares de obreros y empleados abandonaron el trabajo. La huelga que tuvo resonancia universal, duró ocho meses.

El santuario de Nuestra Señora de la Cinta fué convertido en lazareto, para alojar a los enfermos que procedente de Gibraleon venian a Huelva, en el otoño de 1890.

La calle del Puerto se llamó tambien de Alonso Sánchez y del puerto viejo. El Convento de la Victoria, que estaba instalado en ella, fue fundado

en 1582 por don Alfonso Perez de Guzman el Bueno, duque de Medina Sidonia. Las casas Consistoriales fueron llevadas a esta calle, desde San Pedro, en 1840.

La calle Palacios, que después se llamó Joaquin Costa y más tarde Caivo Sotelo, se llamó en un tiempo Mendizabal.

El Hotel Colón, instalado en la Alameda Sundehim, es obra de don Guillermo Sundehim y de don Jose Perez Santamaria; se empezó a construir en 1882 y se inauguró al siguiente año. El decorado del comedor es original del pintor Matarredona y del adornista Cuesta; el comedor tiene más de cuarenta metros de longitud y más de doce de ancho por ocho de altura; en él se instalaron más de doscientas luces de gas. El mueblaje era de robles viejo de la casa Bombo en Maguncia, sillería de junco de Hamburgo y porcelana moderna de Sajonia.

Huelva fué declarada capital en el año 1834.

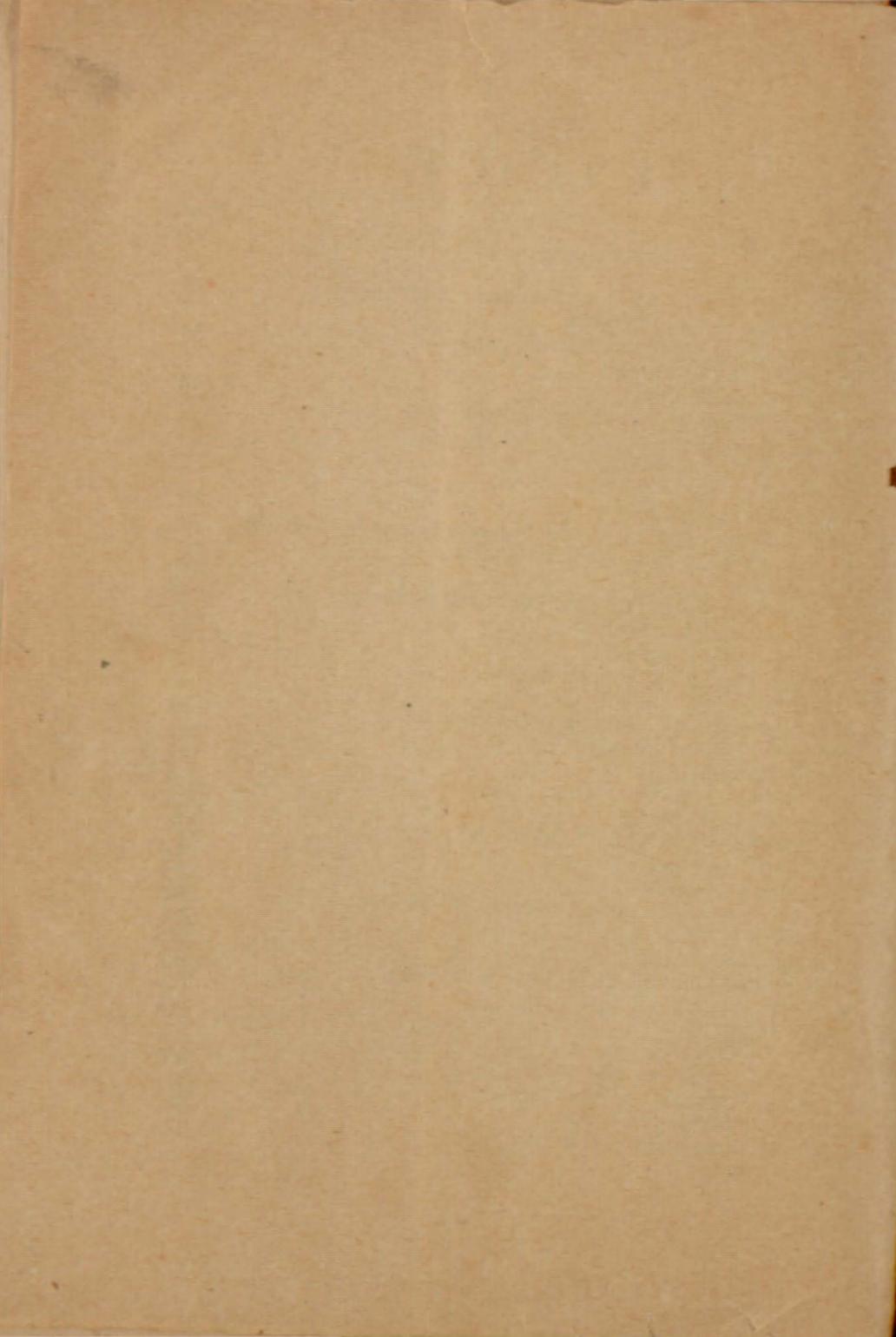
En abril del año 1929 se inauguró con toda solemnidad el monumento a Colón que se alza en la

Putra del Cebo y que fué costeado por suscripción popular entre el pueblo norteamericano. La obra es original de la señorita Witney. Asistieron a la ceremonia el General don Miguel Primo de Rivera, a la sazón Jefe del Gobierno, el Embajador norteamericano, el Infante don Carlos, la escultora señorita Witney y otras personalidades; estuvo presente un buque de guerra norteamericano. Al pie del monumento se levantó un altar con la imagen de Nuestra Señora de la Cinta. La tripulación del buque yanqui y una compañía del Ejército español, formaban ante el monumento. Numerosas personas presenciaron el acto apiñadas en el Paseo de los Pinzones. El tiempo se encerró en agua y en vista de que no amainaba el temporal la bendición se hizo bajo un aguacero torrencial que todos aguantaron a pie firme; hasta los discursos, para los que se habían instalados altavoces, se pronunciaron en medio de una fuerte lluvia. Las fuerzas desfilaron ante las autoridades azotadas por el agua y el viento. Terminados los actos lució un poco de sol y se celebró un gran banquete en un amplio papellón levantado en la Punta del Cebo. Las Autoridades yanquis invitaron a las españolas con un té frío a bordo del buque de guerra. Era Alcalde entonces de nuestra capital don Guillermo Duclos.

INDICE

Páginas

Prólogo.....	7
Presentación.....	21
Calles, Plazas y Antiguos Rincones Onubenses.....	25
Concepción y Calvo Sotelo.....	27
General Mola y Generalísimo Franco.....	33
El Barrio de la Merced.....	41
Plaza de las Monjas.....	49
General Primo de Rivera y 18 de Julio.....	55
La Plaza de Abastos y sus alrededores.....	63
Barrio de San Sebastián.....	69
La Plaza de San Francisco.....	81
Viejas Plazas de Toros.....	87
Del Conquero a la calle Puerto pasando por la Piterilla.....	93
El Santuario de la Virgen de la Cinta.....	99
Efemérides.....	107
IV Centenario del Descubrimiento de América.....	109
El vuelo del Plus Ultra.....	137
Acervo en tres líneas.....	163
Efemérides de hace cuarenta años.....	175
Reportajes y Crónicas.....	181
Creadores de la Industria y el Comercio.....	183
Prensa de otros tiempos.....	191
"Eco del Odiel".....	199
Un viejo marinero.....	215
El Orfeón Onubense.....	223
"Señó Pepe" Quintero Bravo.....	231
El Teatro de Huelva.....	241
Sebastián Alonso.....	253
Huelva y su suerte en la lotería de Navidad.....	261
Flores y Jardines I.....	271
Flores y Jardines II.....	277
Esteros de Huelva. El Molino de la Vega.....	283
Siurot.....	289
Pedro Gómez.....	295
Antonio Brunt.....	299
Antonio León Ortega.....	305
Manuel Sánchez "El Paleta".....	311
Artes de Pesca.....	317
Puntales del progreso de la Ciudad.....	323



Este libro ha sido terminado
en los Talleres de Imprenta

Tipografía Girón

Bejar, 17

Huelva

Quinto
Revolucion